



**“«¡Lázaro, sal fuera!»”: El remordimiento en Fernando González como herramienta de
lucha contra la muerte**

Juan Fernando Gallego Barbier

Trabajo de grado presentado para optar al título de Filósofo

Asesor

Eufrasio Guzmán Mesa, Licenciado en Filosofía y Letras

Universidad de Antioquia
Instituto de Filosofía
Filosofía
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Gallego Barbier, 2024)

Referencia

Gallego Barbier, J. F. (2024). “«¡Lázaro, sal fuera!»”: *El remordimiento en Fernando González como herramienta de lucha contra la muerte* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Resumen	4
Abstract	5
Introducción	6
Los replicadores de Dawkins	7
La visión de la muerte desde Montaigne.....	9
La lucha contra la muerte de Elias Canetti.....	12
1 Para leer a Fernando González.....	16
2 Para comprender la muerte desde Fernando González: De <i>Pensamientos de un viejo</i> A <i>El maestro de escuela</i>	21
2.1 Sobre <i>Pensamientos de un viejo</i> (1916)	21
2.2 Sobre <i>El payaso interior</i> (1916).....	27
2.3 Sobre <i>Viaje a pie</i> (1929).....	29
2.4 Sobre <i>Don Mirócleles</i> (1932).....	35
2.5 Sobre <i>El remordimiento</i> (1935) y la noción de remordimiento	40
2.5.1 Generalidades sobre la obra	40
2.5.2 Teología moral y remordimiento	42
2.5.3 Dios, muerte y remordimiento	44
2.6 Apuntes sobre <i>El maestro de escuela</i> (1941)	46
3 Para comprender el remordimiento y su pertinencia en la lucha contra la muerte	49
4 Conclusiones	55
5 Referencias bibliográficas	58

Resumen

Para este trabajo de grado se pretende abordar un tema que está siempre presente en la obra del envigadeño Fernando González pero que, sin embargo, es poco abordado y es el de la muerte. En concreto, se analizará el tema de la muerte en González hasta *El maestro de escuela* y se intentará pensar al remordimiento como una herramienta para la lucha contra la muerte, noción que se toma desde Elias Canetti. Es así como, en un primer momento, se tomarán tres posturas sobre la lucha contra la muerte: una postura biológica en Dawkins, una postura filosófica tradicional desde Montaigne y la ya mencionada noción de lucha contra la muerte de Canetti en *El libro contra la muerte*. A continuación, se propondrán unas formas de leer a González y, a partir de este método lineal o cronológico, se analizará cada una de las obras que desde *Pensamientos de un viejo* aporten a la construcción de la noción gonzalina sobre la muerte hasta *El maestro de escuela*, ahondando más profundamente en *El remordimiento*, obra donde se encuentra bien detallado el concepto que lleva por título. Luego, se debatirá, desde lo ya visto, cómo la concepción sobre la muerte y el remordimiento como herramienta para la lucha contra la muerte pueden ser incompatibles desde la concepción que de esta lucha tiene Canetti. Finalmente, se brindan algunas conclusiones y se abren varias cuestiones para continuar con la indagación sobre este tema en Fernando González.

Palabras clave: Muerte, lucha contra la muerte, remordimiento, teología moral, conciencia

Abstract

This undergraduate thesis is intended to analyze a topic that is always present in Fernando González's books but nevertheless is rarely studied, and that is death. Specifically, the notion of death will be analyzed in González up to *El maestro de escuela*, and an attempt will be made to think of remorse as a tool for the fight against death, a conception that has been adopted from Elias Canetti. This is how, at first, three positions will be taken on the fight against death: the biological position in Dawkins, a traditional philosophical position in Montaigne, and the already mentioned notion of the fight against death by Canetti in *El libro contra la muerte*. Next, some ways of reading González will be proposed, and based on this linear or chronological method, each of the books will be studied that, from *Pensamientos de un Viejo*, contribute to the construction of González's notion of death to *El maestro de escuela*, delving deeper into *El remordimiento*, a book where the concept of its title is well detailed. Then, it will be debated, based on what has already been analyzed, how the conception of death and remorse as a tool for the fight against death can be incompatible with Canetti's conception of this fight. At the end, some conclusions are provided, and several questions are opened to continue the investigation on this topic in Fernando González.

Keywords: Death, fight against death, remorse, moral theology, consciousness

Introducción

Grabada aún en la oscuridad de la conciencia de occidente yace latiendo la inscripción del Oráculo de Delfos “Conócete a ti mismo”. Han pasado ya varios milenios desde la aparición de esta máxima, la cual podría remontarse a otras culturas y sabidurías ancestrales, y el ser humano nos sigue pareciendo un ser aún borroso con márgenes casi adaptables a cualquier molde. Pero a todo esto hay una certeza que es común sin lugar a duda y es la muerte. Precisa sobre este tema el profesor Carlos Mario Gonzáles¹ (2003) lo siguiente:

Al tratar de pensar la condición humana, rápidamente salta la muerte como el absurdo fundamental que la atraviesa, pues ella revienta toda la laboriosa construcción de sentido a la que dedica el hombre su vida, además de que marca el acceso a una Nada en la que simplemente no-será. (p. 34)

No importa si se pone al ser humano como ser creador, destructor, libre, bueno, malo, o como quiera pensarse. Toda concepción sobre lo humano debe estar siempre herida por la muerte, sea por las muertes de sus cercanos, experiencia más próxima a eso que puede estar cruzando el umbral, sea por la contemplación de la muerte propia y finalmente la agonía, o sea también por las múltiples muertes relativas que van cerrando ciclos en la vida, pérdidas igualmente irreparables que recuerdan día a día la finitud y la transitoriedad de todo, incluyéndonos (Gonzáles, 2003). Surge, así, ante el imperativo del autoconocimiento, la necesidad de pensar la muerte, incluso, como algunos afirman, de prepararse para la muerte como proyecto de toda una vida, porque, como afirma Gabilondo (2002) en sus reflexiones acerca de la vida filosófica y el temor a la muerte en la actitud socrática: “Se trata, en última instancia, de ser libre y de temer más la esclavitud que la muerte” (p. 167). La vida se resiste a la muerte y surge como respuesta la lucha más allá de la resignación.

En el presente trabajo se pretende analizar a partir de la concepción de remordimiento de Fernando González cómo se puede librar la lucha contra la muerte en el sentido que Elias Canetti

¹ A pesar de que la forma correcta de escritura del apellido de este autor es “González” con “Z” al final, en el texto citado ha quedado escrito como “Gonzáles”, y se adoptará conscientemente este error con el fin de no crear confusión con respecto al ensayo del profesor que ya ha quedado publicado de esta manera.

la propone. Para esto, se expondrá, primero, un panorama general sobre el pensamiento de Fernando González y, desde esto, cómo se podría leer su obra. A continuación, se realizará un recorrido por las obras de González que anteceden a *El remordimiento* (1935), libro donde se expone la concepción o pretendida herramienta contra la muerte que lleva el mismo nombre, y excluyendo aquellas que tienen como foco central otras temáticas, para comprender la evolución de la noción de la muerte en su pensamiento y cómo se llega y funciona el remordimiento. Se tendrán en cuenta, también, algunos apuntes sobre *El maestro de escuela* por lo que significa la obra en términos de cierre de una época intelectual en el envigadeño y la centralidad de la muerte. Luego de este análisis por obras, se reflexionará sobre la conveniencia y adecuación del remordimiento como herramienta para, desde el sentido canettiano, luchar contra la muerte y, finalmente, dar una serie de conclusiones y plantear algunas preguntas que permitan continuar con esta cuestión.

Para introducir el trabajo, por lo ya dicho, a continuación, se presentarán tres puntos de vista que ilustran desde diferentes perspectivas el tema a tratar y cómo a partir de ellos se piensa la muerte y la resistencia ante ella. Una primera perspectiva versará sobre la inherencia de la lucha contra la muerte desde el origen mismo de la vida y cómo la biología, recordando la importancia que daba González al cuerpo, que persiste y resiste el morir; una segunda perspectiva será un recorrido por un pensador por el que el pensador de Otraparte pasó repetidamente para reflexionar sobre la muerte, Montaigne; y una tercera perspectiva que irá directamente hacia Canetti, pues será alrededor de sus planteamientos que se comprenderá la noción de luchar contra la muerte.

Los replicadores de Dawkins

Para comprender la muerte habría que comprender la vida, y si se va hasta su origen, es posible que se encuentren los orígenes de la muerte o por lo menos esa aversión primigenia de lo vivo hacia su destrucción. Para esto, Richard Dawkins (1993) ofrece una sucinta pero sustanciosa explicación sobre el origen de lo que él llama “los replicadores”, y cómo a través de estas originarias formas de vida se puede leer el comienzo de la lucha incesante contra la muerte.

Para comenzar, Dawkins (1993) reinterpreta “la supervivencia del más apto” de Darwin como un caso específico dentro de lo que considera como la supervivencia de lo más estable. Esta visión es fundamentada a través del siguiente razonamiento: “Si un grupo de átomos en presencia

de energía adquiere un patrón estable, tenderá a permanecer de esa forma. La forma primaria de selección natural fue, simplemente, una selección de formas estables y un rechazo de las inestables” (Dawkins, 1993, p. 28). Esto quiere decir que, aunque la naturaleza tienda a estar en un constante movimiento, cuando halla formas estables, las conserva. Este mismo argumento aplicará para las incipientes moléculas que accidentalmente se formaron en algún momento de la historia de la tierra. A esta simple forma de vida será la que Dawkins (1993) llame “los replicadores”, y será este su nombre porque esta nueva molécula tendrá la particularidad de ser capaz de realizar copias de sí misma. Los replicadores, de esta forma, comenzaron a poblar el mundo.

Sin embargo, a pesar de aparecer un gran número de copias idénticas a la original, empiezan a aparecer errores en la replicación. Esto es un gran avance, según Dawkins (1993), puesto que, aunque sean copias defectuosas en cuanto a la fidelidad a la molécula original, el que hayan “errores de impresión”, no implica que todas las nuevas moléculas fuesen peores. De hecho, es por ese proceso imperfecto de copia que empiezan a surgir nuevos replicadores con nuevas estructuras, algunas incluso mejoradas, y la vida se empieza a diversificar en sus formas y actuaciones. Comienza la evolución, y con ella comienza progresivamente también la competencia y supervivencia de algunos replicadores sobre otros, sobre todo la de aquellos que lograran copiarse más antes de disolverse en su estructura:

Ciertas moléculas, una vez formadas, presentarían una mayor resistencia a separarse que otras. Estos tipos habrían llegado a ser relativamente numerosos en el caldo, no sólo como consecuencia lógica directa de su «longevidad», sino también porque habrían dispuesto de mucho tiempo para hacer copias de sí mismas. (Dawkins, 1993, p. 33)

Es lógico, entonces, pensar que, ante el aumento de estos replicadores de mayor longevidad y buena capacidad de reproducción, la tendencia evolutiva presente se cifró en tres factores clave: la longevidad, la fecundidad y la fidelidad en la reproducción (Dawkins, 1993).

Pero, indica este científico que, en lo que él denomina como “el caldo primario”, la población de replicadores no podía ser infinita y habría que luchar entre sí por un lugar en él. La desaparición no era inconscientemente una opción e incluso podría pensarse que se hace evidente, desde el mismo origen de la vida en la tierra, que la lucha contra la muerte es casi un instinto inherente a la existencia de todo ser. El objetivo de todo replicador, en la competencia por mantener

una estructura estable que se reprodujera con la mayor fidelidad posible, incluso por sobre la presencia de otras moléculas, parece radicar en resistir la muerte.

Dawkins (1993) posiblemente no lo expresa en estos términos, pero es contundente para reforzar este punto cuando expresa lo siguiente: “Los replicadores empezaron no solamente a existir, sino también a construirse, para ser utilizados por ellos mismos, verdaderos recipientes, vehículos para continuar existiendo. Los replicadores que sobrevivieron fueron aquellos que construyeron máquinas de supervivencia para vivir en ellas” (p. 37). Los replicadores evolucionaron hasta el punto de construir estructuras más complejas o “vehículos”, como los llama, para, precisamente, continuar con este combate contra la muerte, y el ser humano no es ajeno a esta historia evolutiva y, por tanto, a esta lucha. Bien concluye Dawkins (1993) al afirmar que: “Se encuentran en ti y en mí; ellos nos crearon, cuerpo y mente; y su preservación es la razón última de nuestra existencia” (p. 37).

Todo lo anterior brinda un fundamento biológico a través del cual es razonable pensar un origen remoto e incluso anterior a la existencia humana de la lucha contra la muerte. Al parecer, y siguiendo los argumentos ya expuestos, es inherente a la vida perseverar en ella misma, como si el conato spinoziano hubiese sido inscrito en el corazón de cada molécula que nos habita y que, por este motivo, es apenas lógico pensar en que es un deber existencial el rechazo a la muerte. No obstante, esto es sólo un breve abordaje desde una perspectiva biológica sobre el tema y, a continuación, se ofrecerá una visión desde la filosofía en autores como Michel de Montaigne, referente para González en sus pensamientos sobre la muerte, y, naturalmente, Elias Canetti, de quien proviniese principalmente y de manera más que manifiesta esa aversión, pero también esa lucha a muerte contra la muerte.

La visión de la muerte desde Montaigne

Escribe Fernando González (2017b) en *Pensamientos de un viejo*:

Lo que me agrada en Nerón, y en Voltaire, y en Montaigne, fue que no supieron morir. El que sabe morir es idiota; el que sabe morir no supo vivir: que siempre al cómico, cuando tuvo talento para representar su papel, lo entristeció la caída del telón. (p. 75)

Montaigne está presente por lo menos explícitamente en su primer libro cuando reflexiona sobre la muerte. Su pensamiento, por tanto, empieza a permear las reflexiones posteriores de González sobre este tema. En esta cita particularmente se expresa, en un primer momento, esa paradoja del pensar la muerte para prepararse para su llegada, pero, al mismo tiempo, el resultado práctico y aparentemente incierto de esa constante observación. Así, y siguiendo a Redondo (2011), no hay realmente un modo efectivo para prepararse para el morir y a lo sumo podemos elucubrar mentalmente este suceso y experimentarlo a través de la muerte de los demás. Es por esto por lo que dirá Montaigne (2007b) en uno de sus ensayos lo siguiente:

Así, hemos situado los cementerios junto a las iglesias, y en los lugares más frecuentados de la ciudad, para acostumar, decía Licurgo, al pueblo bajo, a las mujeres y a los niños, a que no se asusten al ver a un hombre muerto, y para que el continuo espectáculo de osamentas, tumbas y sepelios nos advierta de nuestra condición. (p. 116)

Asustado o no en sus últimos momentos, este pensador francés, en concordancia con la tradición estoica (Redondo, 2011), pone en el centro de estas reflexiones la necesidad de estar constantemente contemplando la absoluta certeza de la muerte como antídoto contra la angustia que nos genera este suceso, y como medio para la liberación de todo agente limitante: “La premeditación de la muerte es premeditación de la libertad. Quien ha aprendido a morir, ha desaprendido a servir” (Montaigne, 2007b, p. 113). Sin embargo, hay que describir el contraste que expresa este autor y por qué es importante llegar al punto recién descrito.

Una de las primeras cosas que expresa Montaigne (2007b) en su ensayo *Que filosofar es aprender a morir*, es la perturbación que genera el pensamiento de la muerte y que lleva a evitarlo a toda costa. Para esto, se dan dos ejemplos: el primero apunta al criminal que, condenado a la pena capital, es deleitado con hermosos paisajes y banquetes exuberantes. No obstante, la pregunta del autor es clara: “¿acaso crees que son capaces de disfrutarlo, y que la intención final del viaje, que no dejan de tener ante los ojos, no les altera y embota el gusto para todos estos placeres?” (2007b, p. 108). En este punto es importante la lectura que hace Redondo (2011) respecto a la obra de Montaigne en lo respectivo a el acercamiento que un sujeto y otro pueda tener sobre una misma cosa, puesto que, si se llegaran a tener estos placeres que se le ofrecen al condenado sin estar en su posición, las cosas toman otro cariz y dejan de verse enturbiados por el pensamiento terrible del

fin. Ambas posiciones abordan los mismos fenómenos, pero lo tiñen de maneras diversas según su temple anímico y, a pesar de esto, ninguna de estas formas de ver el mundo puede considerarse, según esta lectura, como poseedora de un acceso exclusivo hacia las cosas.

Un segundo ejemplo se da en el campo del lenguaje vulgar de la antigua Roma, donde, según afirma Montaigne (2007b), expresiones como “murió” o “dejó de vivir”, propias de una visión que huye constantemente de la muerte, eran reemplazadas por otras como “vivió”. En este caso no basta con tener la muerte de frente como el condenado sino tan solo la perturbación que puede provocar la simple evocación de ella. Nuevamente, un mismo fenómeno, diferentes interpretaciones, en este caso manipuladas para evitar sufrimientos anticipados de un evento incierto en su hora, cierto en su llegar.

También, cabe apuntar dentro de estos ejemplos de negacionismo, la observación que hace Redondo (2011) en torno al olvido involuntario de la muerte como mecanismo natural:

La ignorancia tiene ventajas y no es criticable. En ocasiones es un recurso de la naturaleza para mantenernos con vida. Esta idea se puede ver especialmente en el tema de la muerte. El ignorante no tiene tiempo de pensar en ella. Preocupado por ganarse el sustento, ese tipo de meditación queda fuera de su alcance. El desconocimiento y la preocupación no le perjudican, al contrario, le hacen soportar su última hora de modo natural. (p. 6)

En este caso, olvidar la muerte se justifica como medio para continuar con el día a día y no caer presa de la parálisis que puede ocasionar el saberse muerto en un momento siempre indeterminado y el absurdo que genera el nacer y luchar para al final morir y fracasar finalmente en cualquier intento. Lamentablemente, huir para siempre es imposible, nuestros iguales van pereciendo, la vida pasa y cada momento se va irremediamente. Por esto, Montaigne (2007b) exhorta a pensarla para despojarla de su principal ventaja, la extrañeza, y para que, cuando llegue el momento, sea cuando fuere, no nos sorprenda absolutamente, así sea consciente de que: “Nunca el hombre será bastante cauto ante los peligros a evitar” (p. 110).

Por todo lo anterior, es posible pensar esta fijación constante del pensamiento sobre la muerte como una manera de naturalizarla y luchar contra ella hasta la derrota inminente. Si bien, es imposible prepararse para la muerte completamente, esta tarea trae frutos importantes expresados en la siguiente sentencia: “Esforzarse en pensar la muerte no es un fin en sí mismo, no

es una recreación morbosa en lo que nos espera, sino un medio para mejorar la vida de la que aquella forma parte” (Redondo, 2011, p. 8). No es mera ociosidad, tampoco una lucha estéril, pero sí el intento de repensarse en el mundo mientras nos quede aliento para estar. Además, y bien lo expresaba Montaigne (2007a) en su ensayo *Juzgar la muerte ajena*: “Nadie puede decirse resuelto a la muerte si teme tantearla, si no puede afrontarla con los ojos abiertos” (p. 711).

La lucha contra la muerte de Elias Canetti

Si se ha de escoger un pensador que reflexionara sobre la muerte de manera tan honda, amén del odio que siempre le profesó, Canetti habría de ser el primero a leer. Sus concepciones acerca de la muerte, el morir, y todos los fenómenos que le rodean, fueron compilados en un libro de notas tan sólo ordenadas por año de escritura y publicado de manera póstuma. Este pensador búlgaro tuvo siempre en mente la elaboración de un libro contra la muerte y nunca pudo darle orden y concreción al texto. Valga la pena traer a colación el apunte sobre este tema que hace el editor a la edición en español, Ignacio Echeverría, de *El libro contra la muerte*: “Observar cómo Canetti fracasa una y otra vez en su empeño de escribir ese libro constituye por sí mismo un espectáculo lleno de dramatismo, y quizás éste sea su auténtico «argumento»” (Canetti, 2017, p. 7). La presentación dispersa de apuntes o aforismos puede concebirse como producto del infortunio, de un Canetti trastornado de por vida e inicialmente por la muerte de su padre y que no le permite articular un discurso sobre el tema, pero también podría verse como el punto central y de inicio a la hora de acercarse a la muerte. Mas, sin embargo, y sin desmeritar el trabajo de traducción y edición puesto sobre el texto, el ejercicio aforístico de Canetti es admirable, pues, como afirma el profesor Valencia en conversatorio con el Centro Sefarad-Israel (2021), a propósito del libro en cuestión:

El aforismo es un género literario muy difícil, muy arduo, que parece fácil, o que para mucha gente es la redacción de pequeñas frases, de pequeñas sentencias, trozos o fragmentos. Pero, como dice el poeta contemporáneo alemán Durs Gruebein, escribir poesía es como soplar vidrio: parece fácil, pero es muy difícil. (26:35)

Por esto, el ejercicio fragmentario del pensador búlgaro tendrá, en definitiva, esas dos características en particular, a decir, el de la incapacidad de articular una prosa y el de acumular notas elaboradas con un preciosismo evidente.

Y ante la lluvia de ideas con que se presenta el texto, comienzo con el siguiente aforismo para comprender qué es eso de la lucha contra la muerte en Canetti a través de lo que él escribe es lo fundamental: “No morirás (el primer mandamiento)” (Canetti, 2017, p. 18). Sabe que es inevitable, sabe que la lucha está siempre perdida de antemano, pero también se resiste a vender tan barata la derrota, pues la cesación irreversible de las constantes vitales no implica la desaparición desde un punto de vista intelectual, moral o estético, como apunta el profesor Valencia (Centro Sefarad-Israel, 2021). La lucha debe persistir y esto lleva a Canetti a fijar su atención sobre dos “distractores” o agentes entorpecedores: la religión y cierta idea, podría decirse hegemónica y popular, de cultura. Sobre la religión ha de decir que: “Lo más audaz de la vida es que aborrece a la muerte, y despreciables y desesperadas son las religiones que difuminan este odio” (Canetti, 2017, p. 21), por lo que cargará tintas particularmente contra el cristianismo pocas páginas después, pues lo piensa como una religión que desanda los pasos ya dados por los antiguos egipcios al consentir la descomposición de los cuerpos, y ver en las prácticas del embalsamamiento ese freno último ante la irremediable realidad del cuerpo inerte. Y muy a pesar de lo previamente dicho, remata con otro aforismo impactante por la profunda sensatez de Canetti: “Sentir permanentemente la muerte, sin compartir ninguna de las religiones que consuelan. ¡Qué osadía, qué terrible osadía!” (2017, p. 37).

Sobre la cultura específica lo siguiente:

La «cultura» se fabrica con las vanidades de todos sus promotores. Es un peligroso filtro que nos distrae de la muerte. La manifestación más genuina de la cultura es una tumba egipcia, donde todo lo que hay es fútil: utensilios, ornamentos, alimentos, pinturas, esculturas, plegarias, y sin embargo el muerto no está vivo. (2017, p. 21)

Esa “cultura”, o por lo menos lo que sus abanderados construyen sobre ella, resulta en un desfile de objetos inanimados y, si se permite la expresión, sin “ánima”, que reconstruirán aspectos e intenciones considerados en su momento como importantes de la vida del fallecido y su contexto sin revivir al difunto. Se pone el foco sobre los objetos ignorando la fatalidad que significa ese

deceso. El ser humano intenta olvidar la muerte, aunque su vida esté en resistencia permanente contra su propio fin, tal y como ya fue citado en un aforismo anterior. Su sudor, su trabajo es secreta o explícitamente lucha:

Si existiera un Dios justo, la historia del pecado original sería muy distinta. Adán sintió curiosidad por la muerte y, jugando, la probó. La manzana de la ciencia era la manzana de la muerte, era un solo árbol. Por eso lo castigó y lo maldijo Dios: desde entonces, el hombre debe esforzarse, con el sudor de su conocimiento, por escapar de la muerte, por eliminar las huellas de la manzana de la muerte que quedan en él. Ningún cristiano ni ninguna sangre será capaz nunca de redimirlo de esa culpa, él mismo deberá reencontrar su inmortalidad natural a través del conocimiento. (2017, p. 51)

La capacidad de aprender, de construir conocimiento, transmitirlo, reelaborarlo y demás, son, según este aforismo, las maneras de hacer frente a un destino injustificado. Es evidente que, si se analiza el desarrollo incesante de las diversas ingenierías, de ciencias como la física, la química, la pedagogía o la psicología, y demás, todos estos campos del conocimiento humano están directa o indirectamente involucrados con la muerte y el buen vivir, por no mencionar el impacto directo de la medicina, la tanatología y tanatopraxia, y la filosofía. No obstante, hay una forma que será la escogida por Canetti como la más importante en esta lucha, y bellamente lo expresa en su exposición el profesor Valencia:

Porque escribir y hacer literatura es la única forma de inmortalidad que está a nuestro alcance. Y la memoria, que es el corazón de la literatura y de la cultura, es la única modalidad de inmortalidad, de vida más allá de la muerte que está a nuestro alcance. (Centro Sefarad-Israel, 2021, 44:20)

Ante la evidente imposibilidad actual de prolongar la vida del cuerpo de manera indefinida, nuestros muertos han de pervivir de alguna manera, y esa memoria para Canetti pervivirá en la literatura. Su insistencia se hace clara: “Narrar, narrar hasta que nadie muera. Las mil y una noches, las millones y una noches” (Canetti, 2017, p. 58). Si no se les puede hacer volver en carne y hueso, que un relato les insufla aliento y vuelvan a hablar. Sabe este pensador que estamos hechos de

todos nuestros muertos e incluso duda de la vida de cualquiera si se removieran sus fallecidos, pero, como dice explícitamente: “Para que el muerto, a su manera más tenue, siga viviendo, hay que darle movimiento” (2017, p. 15), y para ello hay que escribirlos tan fielmente como pueda hacerse, tanto así que se les permitan aun sus pecados más vergonzosos. He ahí la pelea más frontal que pueda hacerse:

Tamiza el aire y el mar, tanto lo pequeño como lo grande le resultan familiares y agradables, lo ataca todo a la vez, no se toma tiempo para nada. Por tanto, a mí tampoco me queda tiempo. Tengo que agarrarla donde pueda y clavarle aquí y allá las primeras frases que encuentre a mano. (2017, p. 17)

El papel de la memoria es central, la literatura el arma principal contra el olvido, la destrucción y desintegración hasta la absoluta nada que representa el arbitrario ejercicio de la muerte.

Por todo lo anterior, se reafirma lo dicho al principio de esta reflexión y es la centralidad del pensamiento fragmentado y combativo de Canetti. El arma que nos propone para librar la lucha puede fallar, puede caer en manos equivocadas y tergiversar la memoria. De todas formas, lo que intenta este pensador en sus apuntes es liberarnos de la resignación y de una rendición anticipada con la que desde hace muchos siglos nos hemos arrodillado ante el final inexorable, y que lo remarcable al pensar la vida no es que ha de acabar, es decir, que somos mortales sino todo lo contrario, y es que somos natales (Centro Sefarad-Israel, 2021).

1 Para leer a Fernando González

En el presente apartado se pretenden exponer algunas generalidades sobre el pensamiento de Fernando González, las cuales darán luces acerca de una forma más o menos acertada para la lectura de sus obras y conceptos o concepciones que va presentando el pensador. Habrá, por esto, primero que decir que, a primera vista, cada libro de González se presenta de una manera única con respecto a otros autores que han escrito novelas filosóficas o literatura que pretende de manera implícita, pero intencionada, el desarrollo de un pensamiento. Bien dice Marín (2011) en el siguiente apartado que:

A pesar de que ya en la época en la que González produce su obra las novelas que hacían una relación entre filosofía y literatura eran comunes (Hesse, Mann, Musil, Sartre, Camus, Beauvoir), la obra literaria de González Ochoa ha sido muchas veces menospreciada por yuxtaponer ambos discursos en su forma novelesca, vale decir, por romper con una pretendida “esencialidad” del discurso literario o del discurso filosófico y con sus tradicionales formas de legitimación. (p. 143)

Aquí se enuncia ese carácter único de las obras filosófico-literarias de González, y es la explícita mezcla entre ambas formas de la escritura, puesto que, mientras narra una historia, una anécdota personal, un comentario sobre algún evento observado por él en sus interminables horas de atento espectador de la realidad, aparecen de repente y a partir de estas narraciones y descripciones la definición de conceptos o nociones, la problematización de ellos, la relación con otros tópicos de raigambre tradicionalmente filosófica, religiosa o política, e incluso el desafío y crítica a veces hasta burlona, aunque bastante fina, de esas concepciones predominantes. Leer a Fernando González es como caminar junto a un maestro por la calle, observando el mundo, pensando desde esa misma realidad padecida. Javier Henao Hidrón (2019) hace con bastante precisión el siguiente apunte:

Fue un literato atisbador. Atisbar es mirar atentamente. Fernando González procedía así, primero en relación con su mundo interior, después con el ambiente que lo rodeaba, y

extendía su análisis a Antioquia, Colombia y Suramérica, pensando hondo y con ideas propias.

De la particularidad del yo y sus experiencias parte hacia el universo. Queda claro, así, que González toma sus observaciones, sean exteriores o interiores, todas desde la singularidad de la situación, para llegar a comprensiones generales. La gota que intuye el océano.

Ahora bien, considerarlo “filósofo” es un asunto que, como se entreve, puede resultar problemático si se toma como referente a cualquier otro filósofo de lo que en occidente llamamos tradición. A excepción de *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior*, obras escritas de forma aforística y fragmentada, y que podrían tener a diferencia del resto de sus libros una mayor aceptación en el ámbito puramente filosófico, sus obras no son áridos tratados con una escritura constante y puramente racional. González se permite romper la racionalidad con la emocionalidad y la introducción de conceptos como el de clima interior. Aquí no se construye lo que tradicionalmente sería un sistema filosófico o una ideología, sino que se pretende crear pensamiento desde formas literarias como la autoficción, la confesión y el diario (Marín, 2011). No obstante, como el concepto de filosofía sigue siendo objeto de debate, habría que pensar desde qué posición se pondría a González como filósofo o desde dónde sería tan sólo un literato con pretensiones de crear pensamiento.

También, y siguiendo la línea del argumento, habría que pensar la obra de González tal y como llama a su libro más célebre, *un viaje a pie*. Fernando vive y escribe, y según va viviendo y esa misma vida lo va cambiando, su pensamiento va evolucionando:

ANTES de todo, un autor debe definir su clima interior. Este enmarca, define el libro. En cada época de su vida el individuo tiene tres o cuatro ideas y sentimientos que constituyen su clima espiritual. De ellos, de esos tres o cuatro sentimientos o ideas, provienen sus obras durante esa época. (González, 2016b, p. 1)

Viaje exterior es a su vez un viaje interior, como se lee entre líneas en esta introducción que hace González a su libro *Viaje a pie* y como concuerdan muchos de los lectores y estudiosos de su obra. Ese clima espiritual varía según vive y, cómo no, según camina, en este libro. Su obra lógicamente también se irá transformando a lo largo de su carrera como pensador y queda, como

lo expresa Macías (1996), el rastro de su movimiento vital, por lo que el análisis de un libro requeriría de la contemplación de los que le preceden y de la misma biografía de González. Es por esto por lo que para este trabajo se hace un recorrido por las obras más importantes de este autor en materia del desarrollo de sus concepciones sobre la muerte y no se analiza directamente la obra *El remordimiento*. Apuntala bien este argumento la siguiente sentencia de Macías (1996):

La obra de Fernando González constituye un proceso cuyo sentido se nos revela sólo si emprendemos su estudio sin olvidar el carácter provisional y, a menudo, circunstancial de cada pensamiento o noción encontrados. Es necesario, pues, hacer un seguimiento de los motivos a lo largo de la obra, asumiendo - como provisionales también - cada uno de nuestros descubrimientos en el desarrollo de su interpretación. (p. 94)

Si bien sus pensamientos son provisionales según la obra escogida del autor, revelan su clima interior y pueden ser igualmente válidos para la reflexión de las concepciones allí expresadas. Por ello, quien busque un análisis sobre determinado asunto en Fernando González, deberá remitirse a la totalidad de su obra o dedicarse a un libro en particular, siempre y cuando se reconozca y sea explícita esa transitoriedad del pensamiento que esté ahí consignado.

Así como aplica para cualquier tema relacionado con la obra del envigadeño en cuestión, aplica para el estudio de su noción sobre la muerte, la cual pasará por diferentes fases, naturalmente, pero que, en este caso, podría aducirse una suerte de presentimiento que está presente desde sus primeras reflexiones, plagadas del escepticismo y duda neblinosa con la que la piensa en *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior* y que parece anticiparse a sus concepciones más tardías sobre el tema. Macías (1996) escribe en su *Diario de Lectura II* que:

[En toda la obra de González] El segundo es el problema de la muerte sobre cuya preocupación descansa toda pregunta, todo pensamiento y toda actividad. Encontrar respuesta al misterio de la muerte es la empresa de Fernando González durante toda su vida, y sólo cuando la entiende como la liberación en el PADRE, desde su concepción propia, desde una propia fe, resuelve sobre ella todas las doctrinas en que se ha convertido su reflexión [...]. (pp. 95-96)

Y es evidente cómo desde su primera obra hasta la última, con algunas excepciones, la muerte estará siempre rondando en sus reflexiones, directa o indirectamente. Valga la pena, por esto, traer a colación las tres fases del pensamiento sobre la muerte que Fernando González tiene en su obra y que se pueden resumir muy bien en tres concepciones, pero teniendo en cuenta que no se diferencian de manera estricta por libros: Una primera concepción situada sobre todo en sus dos primeras obras, *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior*, donde la muerte es más una incógnita y está cubierta por la bruma de la imposibilidad de tener una experiencia efectiva de ella, además de que tampoco habrá alguien que la haya padecido y pueda contar qué hay más allá de la vida. Esta primera concepción, por ello, es para Macías (1996) el momento de escepticismo del autor sobre la muerte y es para González especulación todo lo que se pueda hablar sobre ella. La segunda concepción que especifica este comentarista es la de una noción de la muerte como un tránsito donde se pasa de un estado a otro, incluyendo esos cambios de rumbo que se dan durante el vivir. En esta segunda concepción se empieza a presentir al Fernando González místico. La tercera concepción aclara Macías (1996) también la muerte es tránsito, pero con el añadido de que es finalmente liberación, donde el cuerpo se abandona para entrar en un estado sin ningún tipo de atadura, deseo o dolor, sino simplemente un ser, entendido como verbo. De estas tres concepciones, igualmente, pueden hacerse tres cortes con respecto a sus obras, aunque, como recién se dijo, no de manera radical: El primero correspondiendo a *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior*; el segundo momento partiría desde *Viaje a pie* hasta *El maestro de escuela*; y un tercer momento marcado por sus obras más místicas, *El libro de los viajes o de las presencias* y *La tragicomedia del padre Elías* y *Martina la velera*, aunque pueden incluirse igualmente *Las cartas de Ripol*.

Sobre esta división de etapas y obras cabe igualmente la necesidad de guardar las distancias y pensar que entre obra y obra hay una evolución y agruparlas por épocas puede ser una solución que es para un sentido general buena, aunque requiera adentrarse a cada obra para ver matices normalmente propiciados por las mismas experiencias de González en el momento de la escritura de la obra y las mismas situaciones y planteamientos dados por el clima espiritual que cimenta cada una.

Todo el viaje que hace Fernando González a través de sus reflexiones sobre la muerte parece dirigirse en un último momento a una visión mística, como se ve en este pequeño resumen. Y, como ya se anunció, habrá que hacer el recorrido a través de sus obras para llegar hasta la obra *El remordimiento*, donde se verá el por qué habrá que detenerse en este punto del recorrido para

comprender si González puede pensarse como un filósofo que lucha contra la muerte, tal y como Elias Canetti planteó esta disputa vital, expuesta brevemente ya en la introducción de este trabajo. En virtud de esto, a continuación, se realizará este recorrido por las obras más relevantes para comprender la muerte en Fernando González, partiendo desde su primera obra hasta *El remordimiento*, con algún apunte adicional sobre *El maestro de escuela*, punto de inflexión definitivo tanto para la vida del autor como para la evolución de su pensamiento viajero.

2 Para comprender la muerte desde Fernando González: De *Pensamientos de un viejo* A *El maestro de escuela*

Para este apartado del trabajo, se estudiará cada una de las obras ya mencionadas, a decir, *Pensamientos de un viejo* (1916), *El payaso interior* (escrito en 1916 y publicado de manera póstuma en el año 2005), *Viaje a pie* (1929), *Don Mirócleles* (1932), *El remordimiento* (1935) y *El maestro de escuela* (1941). Se hará una descripción general de cada obra, resaltando aquellos asuntos más destacables de cada una de ellas para, luego, analizar qué puede decir cada obra sobre la muerte, el morir y demás asuntos relacionados con este tópico.

Cabe aclarar, por otra parte, la exclusión de algunos otros libros, tales como *Mi Simón Bolívar*, *El hermafrodita dormido*, *Mi compadre*, *Cartas a Estanislao*, *Salomé*, *Los negroides* y *Santander*. Se hace notar la ausencia de estas obras a pesar de la linealidad de la obra de González establecida en el capítulo anterior, y a pesar de que parece chocar con esta idea, las concepciones sobre la muerte son manifiestamente trabajadas por el autor en los libros propuestos para su trabajo. La muerte puede aparecer en las obras ya mencionadas, pero de manera implícita e indirecta, puesto que el foco de atención está más puesto en otras preocupaciones y observaciones del pensador envigadeño, tales como el problema de la conciencia, desde la fisiológica hacia la conciencia universal, la esperanza de la aparición del “Gran mulato”, la crítica hacia la historia y la política colombiana y hasta sudamericana, además de las hondas contemplaciones y reflexiones acerca de la belleza. Y, por supuesto, se pueden establecer ciertas relaciones en torno a la concepción sobre la muerte que sostiene González en la época en que escribe estas obras, pero esto sería objeto de un análisis diferente al propuesto en este trabajo y habría que crear y/o explicitar algunos puentes entre conceptos.

2.1 Sobre *Pensamientos de un viejo* (1916)

Tendría Fernando González la corta edad de 21 años hasta que hizo pública su obra *Pensamientos de un viejo*. Esta juventud de González estuvo marcada, tanto por su formación con los jesuitas, su amistad con don Benjamín, como por su paso por el grupo de los Panidas. Escribe sobre esto Acosta (2017) lo siguiente:

Revestido del aire de panida y con el serio deseo de dedicarse a las cuestiones filosóficas, para él vivencias, Fernando González completó la tarea que años atrás ya había dejado asomar en los números del cinco al diez de la revista Panida, publicación desvergonzada de muchachos que se dedicaban a leer, escribir, ver muchachas y otras actividades de lo que es posible llamar una manifestación de la bohemia montañera fluctuante entre la melancolía y la ensoñación. (p. 9)

Esa bohemia melancólica y tempranera de González, ese deleite de los ojos que se dedican a sentarse en un parque a contemplar muchachas y que lo llevan de ensoñación en ensoñación son, como lo explica el mismo Acosta (2017) disposiciones espirituales que no abandonarán a este pensador en el resto de su obra. Hay algunos comentarios como el de Macías (1996) que apuntan cosas como las siguientes:

Es como un inventario de los temas que Fernando González reflexionaría en las obras posteriores, pero son visibles allí sólo las semillas. Lo que uno puede ver del árbol y de sus frutos en la semilla, se puede ver de Fernando González en *Pensamientos de un viejo*. (p. 14)

Lo anterior se une a las visiones de algunos otros estudiosos de este pensador, donde *Pensamientos de un viejo* y, cómo no, *El payaso interior* -obra que se comentará después, pero está en el mismo período de tiempo y está escrita con el mismo tono aforístico y de contemplación interior- son pensados como preludios o prólogos de una obra mayor, cuando realmente lo que se puede leer allí es el inicio pleno de las reflexiones sobre lo que preocupará a González toda su vida. Incluso, podría aventurarse, y guardando, cómo no, las proporciones, de que *Pensamientos de un viejo* es un compendio del pensamiento que su autor desarrollará después. Más acertado puede ser el siguiente comentario que Acosta (2017) hace sobre una visión general de lo que este libro significa en la totalidad de la obra de González:

Pensamientos de un viejo fue el inicio de una trayectoria de publicaciones que se cerraría con *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera* (1962). De un libro a otro, y toda su vida, Fernando González se encargó de ir a pie, como uno de sus títulos, caminando y

gastando la existencia, extrayendo de las experiencias propias constante material de pensamiento. (p. 9)

Esta primera obra de González, este González aforístico, de reflexiones cortas, de una escritura que no volvería a aparecer después de *El payaso interior*, es efectivamente el inicio de toda su obra y no el mero presentimiento de lo que será. Es claro, cómo no, que la vida le hará dar muchas vueltas y esas heridas abiertas por el caminar irán marcando cada una de sus obras, tal y como ya se dijo, pero esencialmente las preocupaciones y prácticamente el enfoque que dará a todas ellas está ya en pleno desarrollo desde *Pensamientos de un viejo*. Será esta obra y sus reflexiones tan potentes, que su mismo prologuista, el ya para la época distinguido don Fidel Cano, reconoce en este envejecido muchacho el nacimiento de un gran pensador, y también prevé el giro que dará luego:

Ya me parece ver al frío escéptico convertido a la más ardiente fe en la vida; al pesimista, dominado por el más sano y risueño optimismo; al filósofo, hecho poeta; al viejo de los pensamientos sombríos, transformado en joven lleno de risueños y gozosos sentimientos. (González, 2017b, p. 3)

Dado este brevísimo contexto, sobre el libro habría que decir algunas cosas. Primero se hace notar claramente la estructura del texto, dividida por aforismos, parábolas, reflexiones cortas y diálogos entre Juan Matías y Juan de Dios. Esta mezcla en las formas de la escritura es seguido también por un seguimiento no lineal de los temas y concepciones allí tratados, por lo que, si se ha de rastrear algún asunto en particular que González trate en este libro, no habría alguna sección organizada que resuelva la incógnita y la lectura de la totalidad de la obra se haría necesaria. Y así exista, por dar un ejemplo, un capítulo titulado *La muerte*, pensamientos sobre ella están repartidos por todo el texto. Sin embargo, la forma en que va y viene entre sus múltiples temáticas puede resultar para algunos una manera de atrapar la atención del lector y permite la lectura desde cualquier punto sin tener que remitirse al mismo comienzo. Esto dicho desde lo formal.

Un segundo tema general para el acercamiento a *Pensamientos de un viejo* es su contenido. Se puede notar un tono específico que permea toda la obra y se podría enumerar una serie de

concepciones y reflexiones que se irán desarrollando. Con respecto a ese tono general, Macías (1996) es preciso sobre el ambiente que rodea y marca todo el contenido:

Gracias a sus lecturas y preocupaciones juveniles, Fernando González estuvo demasiado temprano a las puertas del nihilismo como manifestación de su rebeldía frente a la educación cristiana de los reverendos padres jesuitas, pero, justamente gracias a esta educación, opta por el camino de la consagración mística, en el momento de asumir una definición existencial. (p. 40)

Algo en lo que concuerda este comentarista de la obra de González y en general sus lectores y estudiosos es en el tono nihilista y existencialista de *Pensamientos de un viejo*. Desde el mismo don Fidel Cano, como se leyó más arriba, hasta nuestros días, los inicios de González se leen volcados hacia una melancolía y cansancio propios de su vejez “impostada”. Esto será acertado, como también lo será notar que debajo de toda esa bruma que rodea a las reflexiones de este pensador yace latente un vitalismo y un sentido de la esperanza que reverdecerá con el paso de sus obras, amén de algún bache en el camino, como hablando propiamente de *El maestro de escuela* y su propia sepultura bajo esa famosa firma “Ex-Fernando González”. Pero, por ejemplo, en el apartado que nombra el autor como *Vivir intensamente*, se hace bastante evidente esa intensidad con la que intentó González vivir su vida y reflexionarla a partir de allí:

Si te alegras, que tu alma trepe a la más alta cima de la locura. Si viene a ti la tristeza, haz de manera que salga de tu corazón este canto: ¿pero se ha visto una tristeza más grande que mi tristeza? Necesario es vivir intensamente, estar despierto al modo divino... (González, 2017b, p. 51)

La vitalidad está siempre latente a pesar de la atmósfera general del libro, el cual albergará reflexiones sobre la melancolía, la vejez, la muerte, Dios y ese presentimiento general de una Unidad a la que se regresa. A partir de ese volver al Uno, valga la pena introducir los pensamientos que González consigna acerca de la muerte en la obra en cuestión, y es que lo primero a notar es la pregunta por el qué es la muerte, qué hay más allá y si hay definitivamente una disolución del “yo”. No obstante, de repente aparece el primer obstáculo para la respuesta de cualquiera de estas

preguntas y es la duda de si es acaso posible hablar algo sobre ella, dada la imposibilidad de una experiencia propia o de alguien que nos pueda contar qué pasa más allá:

¡Hasta que mueras y reposes! Pero fíjate que no sabemos si puede alcanzarse la muerte. Llamamos muerte a algo que no sabemos qué es. Sólo sabemos que al morir, el hombre deja de hablar y moverse. ¿Pero quién sabe si ese hombre que ahora agoniza va a dejar de sentirse o seguirá viéndose a sí mismo en otra especie de vida? ¡Quién sabe si es imposible morir! (2017b, p. 78)

González es consciente de que no se puede decir nada con absoluta certeza sobre la muerte y también se ve en esa última exclamación la eterna pregunta por un posible más allá que haga sobrevivir a ese “yo” que supuestamente se disuelve en la muerte. Aquí sencillamente podría cerrarse la pregunta por la muerte, porque después del “quién sabe” todo es especulación y detrás de toda respuesta queda la duda burlona (Macías, 1996).

Y muy a pesar de esta racional incertidumbre, González empezará a desarrollar algunas ideas nacidas de lo que puede elucubrar como “muerte”. La organización de estas ideas puede ser arbitraria, pero comienzo por el siguiente apunte: “¡La tristeza de tener que morir! Porque nadie quiere la muerte, porque todo hombre se ama a sí mismo...” (González, 2017b, p. 47). Tener que morir es un destino indeseable, como evidentemente lo nota el pensador, y resalta esa tendencia de lo vivo por permanecer, por resistirse. Adicionalmente, la muerte, la cual la concibe como límite, es entendida también como el horizonte de sentido bajo el cual la vida es comprendida: “La limitación es la gran tristeza, y la vida se fundamenta precisamente en ella. Así, renegar del límite es renegar de la vida toda, ¡hasta de la misma alegría!” (2017b, p. 53). Y es desde este punto que las interpretaciones del autor empiezan a tomar una posición frente a lo que posiblemente pueda ser eso indescriptible que llamamos muerte.

Empieza a latir un deseo en el fondo de estas reflexiones. La indeseada muerte seduce a González (2017):

Es imposible la absoluta libertad, pues siempre serás esclavo del capricho de cada instante. Y si deseas vencer el capricho, eres esclavo de ese deseo. Sólo en la muerte se encuentra la absoluta libertad, porque entonces se liberta uno de sí mismo. (p. 84)

La paradoja es evidente aquí. Si la muerte es indeseable e incognoscible ¿cómo puede llegar el autor a desearla y a ver en ella algo, en este caso la libertad? Es, además, mínimamente curioso ver cómo se llega a relacionar el pesimismo con la muerte y la filosofía y el pensamiento: “En último término la filosofía es el camino de la muerte. La razón es esencialmente enemiga de la vida... Por eso, sólo en las almas tristes arraiga el pensamiento...” (2017b, p. 77). Todo esto se puede explicar a partir del presentimiento de un algo más. Y, claro, la posición firme es de decir que “quién sabe”, pero la visión de un cementerio empieza a cambiar algo en su pensamiento:

No creas tampoco que al morir terminen el dolor y la tristeza. La muerte es sólo un cambio de forma. ¿Has visto un cementerio de aldea? ¡Cuántas flores, cuántas mariposas y cuántos frutos! Allí comprende uno que la muerte sólo es un cambio de forma. (2017b, p. 13)

Visto así, esa posición sobre la muerte como un “quién sabe” se transforma rápidamente y dentro de una misma obra en un “cambio de forma” y, como se puede intuir, una nueva forma de vivir.

¿No es ahora clara la lectura de *Pensamientos de un viejo* como el inicio del desarrollo mismo de toda la obra de González e, incluso, casi el resumen de ella? Porque será también a partir de su pensamiento sobre la muerte aquí que introduzca la idea de Dios y de Unidad y está muy bien conjugadas en la corta narración que titula “La historia de Rum”, de la cual cabe resaltar el siguiente fragmento: “Si; yo sé que deseas ir a ver qué nuevas cosas hay por allá, entre las flores, entre las mariposas... Yo sé que deseas cambiar, viajar soñando a través del Ser Único...” (2017b, p. 41). Ahora no es sólo una sensación de un algo más allá, sino también un deseo de cruzar el límite de la muerte y ser uno con el todo. He ahí, inclusive, el prelude del Fernando González místico de sus últimas obras.

Para cerrar con *Pensamientos de un viejo* y las concepciones que se pueden hallar allí sobre la muerte, habría que destacar el cómo se expresa lo que se puede intuir sobre la muerte, y es el cadáver: “De todo lo visible lo único que puede dar una idea del pesimismo que nos hace presentir la razón, es un cadáver” (2017b, p. 68). Esto quiere decir que, en último término, lo único que racionalmente podemos decir sobre la muerte es lo mucho o poco que la muerte del otro puede indicarnos. Y ese otro fallecido va a tener un lugar especial dentro de las reflexiones de este libro,

puesto que se reiterará en la pervivencia de los muertos a través del recuerdo y hasta en la misma formación del propio ser: “Cuando uno se estudia a sí mismo, encuentra que su alma es hecha de pedazos del alma de los antepasados” (2017b, p. 33). Se hallan, entonces, dos maneras de sobrevivir a la muerte: una abocada a un presentimiento de la Unidad dada por esa visión de la vida incluso a pesar de la muerte -como ha visto en los cementerios-, y otra a través del recuerdo y lo que podría llamarse el legado que se deja a los vivientes.

2.2 Sobre *El payaso interior* (1916)

Acerca de esta obra no hay mucho que decir más allá de lo dicho sobre *Pensamientos de un viejo*. El que sería su segundo libro publicado justamente el mismo año en que se publica el primero, terminaría siendo una obra recuperada de entre sus libretas de apuntes y finalmente vio la luz de manera póstuma en el año 2005 en el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT. Sobre este tema señala Ochoa (2005) para el periódico El Colombiano que:

Fernando González, que iba a cumplir 21 años el 24 de ese mismo mes de abril de 1916, tenía planeado por lo visto publicar de inmediato *El payaso interior*. No lo hizo. ¿Por qué? Tengo la impresión, a raíz del contacto con la libreta manuscrita del maestro en la labor de transcribir su no siempre clara caligrafía, que nuestro escritor no reelaboró sus notas (como siempre hizo con sus otros libros) y presuntamente destruyó lo que se perdió.

Como se expresa en la cita, si bien es un trabajo que presuntamente estuvo completo y listo para la publicación, algo sucedió que impidió esto y que, por el contrario, el libro fuera abandonado y hasta parece que algunas partes se perdieron. Ochoa (2005) baraja algunas posibilidades, como la consideración por parte del autor de que se trataba de un libro que no aportaba mucho a lo ya escrito en el recién salido *Pensamientos de un viejo*, o la falta de tiempo dados sus estudios en Derecho, que derivarían en la célebre tesis *El derecho a no obedecer*, también llamada *Una tesis a secas*. En todo caso, la recuperación de este libro se debe principalmente a su hijo, Fernando González Restrepo, gracias al cual otros textos inéditos pudieron ser conocidos y posteriormente publicados.

Teniendo este contexto claro, y en concordancia con la suposición que es bastante razonable de ser un libro que parece ser más una rama de la primera obra de González que una obra diferente o independiente, *El payaso interior* continúa, tanto en cuestiones de forma como de contenido, con lo escrito en *Pensamientos de un viejo*. La escritura en forma aforística, con breves reflexiones y apuntes sobre contemplaciones interiores, y la reaparición de los diálogos entre Juan Matías y Juan de Dios, además de sostener el tono melancólico y por momentos nihilista, con temas abocados a la muerte, Dios y el amor, mezclados ambos en el deseo de lo indeterminado y lo infinito, dado en último término por una visión de Unidad. Pero, primero, hay que resaltar un apartado que explica la escritura fragmentaria de esta etapa de González (2016a):

Algunos se han preguntado ¿por qué esta forma fragmentaria? Sencillamente porque esta clase de libros son escritos por escépticos que en nada creen firmemente. Para escribir todo un libro sobre la misma visión del mundo es necesario ser muy dogmático. En una palabra: mi espíritu es así; en él nacen y mueren millones de deseos y de ideas y de sensaciones. Y todo árbol da su fruto, y por sus frutos los conoceréis. (p. 11)

Este pensador expone desde sus primeras obras la ruptura que es ya de por sí manifiesta con las formas de escritura propias de la filosofía y con los recursos puramente racionales que acompañan las estructuras de los argumentos que allí se alojan. Establece, también, la forma en que procede y procederá el resto de su vida, esto es, y como se dijo ya en el anterior capítulo, en contemplación de la vida, tanto interna como externa para, desde esto, pensar. Se plantea el futuro y famoso “Padezco, pero medito” (González, 2017a, p. 64).

Clara la estructura y la razón que yace detrás de ella, además de la atmósfera y los temas a resaltar, habría que profundizar un poco en ellos, particularmente la muerte, el cual es el foco de atención de este trabajo. Comienzo, así, con la siguiente sentencia:

Desde que nace el hombre principia a comprobar la falsedad de sus creencias y de sus esperanzas. Es la vida no un conseguir verdades, sino un desbaratar sueños y un conocerse continuo de que la única verdad es el silencio de la muerte, del no ser. (2016a, p. 12)

González en esta obra recalcará una y otra vez el carácter ineludible y de certeza absoluta del morir. El hombre cambia constantemente y con él sus creencias, pero nunca superará el límite que supone su finitud, pues vaya a donde vaya, haga lo que haga, lo seguirá hasta alcanzarlo. Sin embargo, las dudas del autor sobre la muerte no serán tan pronunciadas y en esta obra sí se decantará más claramente por la concepción de la muerte como un cambio de forma, un asunto que se colige de aseveraciones como: “Dios es la potencialidad, lo que evoluciona y aparece, la esencia de la cosa infinita que llamamos Vida” (2016a, p. 10). La Vida, así con mayúsculas, deja de estar hombro a hombro con la muerte y parece superarla, estar más allá de ella y, por ende, prácticamente anularla en su sentido de paso a la nada como inexistencia absoluta e irreversible. Su pensamiento místico es tan fuerte que, para soportar este argumento, González (2016a) dice que:

[...] Es deseo de infinito, de indeterminado lo que buscamos los hombres: la religión cristiana está fundada sobre bases psicológicas. De ahí su triunfo. ¿Que tenía santa Teresa en Dios? En Él tenía todo lo posible, porque Dios no es esto ni aquello [...] (p. 16)

Y la tristeza seguirá acompañando a este joven y envejecido pensador, y la muerte seguirá siendo parte de sus preocupaciones principales en este texto, apuntándola aun por partes como incognoscible: “[...] ¡Losa maldita esta de la tumba, puesto que encierra el misterio que nos obliga a vivir!” (2016a, p. 17). Pero siempre estará acompañado por la atracción que ya traía desde *Pensamientos de un viejo*: “Ante una mesa llena de oro oímos una voz que dice: Puedo darte todo eso. Yo soy la suerte. ¿Cómo no olvidar todo y sentir intensamente al oír aquella promesa misteriosa?” (2016a, p. 6). El miedo a la muerte se disuelve, y el agobio por el no saber hacia dónde o qué será de todo hombre luego de cruzar el umbral que obligatoriamente debe cruzar desaparece. El misterio de la muerte le atrae, y esa Vida signada también bajo el nombre de Dios, el Uno, lo acompaña en su deseo.

2.3 Sobre *Viaje a pie* (1929)

Trece años después de sus primeras dos obras, esto sin contar su tesis en Derecho, Fernando González reaparece con *Viaje a pie*, el libro más celebrado de toda su obra y, por esto, uno que generará muchas lecturas con puntos de encuentro y desencuentro. Para ejemplificar la

discordancia, pero tremenda fascinación que creó y crea aún este libro entre los lectores, estudiantes de filosofía y profesionales de todo tipo de áreas del saber, cito a continuación dos puntos de vista opuestos sobre lo que significa y dice la obra. El primer ejemplo es extraído de una anécdota que Macías (1996) narra acerca de una postura bastante radical sobre este texto:

[Sobre una relectura de la obra] Lo único que recuerdo ahora es que en esa lectura me reencontré con la poesía de Fernando González, en oposición a una conferencia del padre Alberto Restrepo: El significado de Viaje a pie en la obra de Fernando González, en la que, después de unos postulados esquemáticos, concluía que sin Viaje a pie no se podría entender la obra de Fernando González y que sin la otra obra no se podría entender Viaje a pie. (p. 10)

El impacto que este libro ha tenido ha sido tal que, como se lee en la cita, algunos lo colocan como el centro de todo el pensamiento de González y prácticamente dejar de leer *Viaje a pie* sería omitir lo más importante y perderse de la síntesis de todo lo que pueda plantear este escritor envigadeño. Mas existen otras posiciones como la de Estanislao Zuleta (2014), las cuales parecen ir a otro extremo con respecto a la anterior lectura:

Sería pueril pensar que este autor, que no cree en nada ni en nadie, que le gusta reírse de todo, fuera a sostener seriamente esas tesis filosóficas. ¡Es por espantar a los hombres gordos de Medellín! El aspecto religioso y el aspecto político del libro no deben tomarse en serio. (p. 222)

Visto así, se da un vuelco total a la obra en cuestión y pareciera que *Viaje a pie*, amén de estar muy bien escrita y albergar pensamientos y concepciones de una potencia comprobada en el impacto que ha tenido a lo largo de los años, parece tornarse en un libro que también se puede disfrutar así sin más y que, también, puede leerse como fruto del momento específico por el cual pasaba el autor cuando lo escribió. Ambas son voces autorizadas, pero, por mor de la coherencia del presente trabajo y las razones que lo sustentan, *Viaje a pie* ha de considerarse como parte de la evolución de la obra de González que, si bien introduce muchos conceptos que serán importantísimos para la comprensión de otros textos suyos, va a responder siempre a lo que es: *su*

viaje a pie. Por más provecho que se pueda extraer de una obra de González, no hay ninguna que pueda responder al título de “obra cúspide” u “obra central”.

Volviendo a la obra, lo más destacable hasta este punto yacerá en la forma con la que Fernando González decide estructurar este texto. Ya se había visto un estilo de escritura fragmentada y de ideas sueltas y, aunque muchas de las nociones que se plantean en *Viaje a pie* estén igualmente repartidas a lo largo de la narración, se presenta por fin un texto al que se le puede seguir una linealidad dada por la forma de diario que se adopta. A propósito, menciona Macías (1996):

Por lo general el procedimiento de Fernando González es el mismo: partiendo de un asunto elemental de la vida diaria, de un suceso o hecho cualquiera, se va adentrando en su interior y a través de él en el interior del hombre en general hacia el origen, hacia la conciencia de las causas primordiales. (pp. 13-14)

Tal y como es descrito aquí, el autor empieza a acostumbrar su escritura a seguir ese esquema de ir de afuera hacia adentro; de la observación de la cotidianidad y, en ciertos puntos, las reacciones interiores frente a los sucesos mundanos, hacia la comprensión abstracta y profunda de todo aquello que subyace a esa multiplicidad de epifenómenos. Es, así, como configura desde *Viaje a pie* un pensamiento cuyo fundamento es la realidad misma, la realidad sentida y sin el filtro racional que excluye la emocionalidad de quien padece el mundo observado. De nuevo, y con plena fuerza aparece la máxima “Padezco, pero medito” (González, 2017a, p. 64).

En concordancia con lo anterior, algunas ideas generales que serán de suma importancia para el texto y que tendrán ciertas repercusiones y reapariciones en otras obras serán principalmente concepciones como la de clima interior, concepción bajo la cual se ampara en un inicio el libro, la de ritmo y la de método, unida sobre todo esta última íntimamente con la de energía y el gasto efectivo de ella. Estos tres elementos juntos, ritmo, método y energía, acompañan los pasos de todo el viaje de González y don Benjamín, quienes, a lo largo del camino, irán espectando diversidad de situaciones anotadas en orden por Fernando según el momento y el lugar de los eventos, aparte de algunos pequeños diálogos con gentes a lo largo del camino y reflexiones nocturnas bajo los efectos del aguardiente.

El itinerario de viaje es sencillo y explicitado por González (2016b): “El viaje se define así: Medellín, El Retiro, La Ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia, Los Nevados, a pie y con morrales y bordones” (p. 3). También, el motivo del largo caminar es muy sencillo: la ejercitación, la conservación de la salud. No hay más. No hay misterios ni significados intrincados que pueda algún intérprete maquinar, pues González es claro y literal con esto. El cuerpo humano, según esto, el primer y principal receptor de la realidad, tendrá preeminencia y será objeto de un particular cuidado y atención: “El hombre es vitalidad, acumulador de vitalidad, y es preciso ser metódicos. La vitalidad conserva el organismo después de formarlo y lo defiende; cuando esa fuerza nos abandona, enfermamos y morimos” (2016b, p. 19). De aquí la idea del hombre metódico, aquel que expresa su vitalidad en el manejo de sus propios ritmos, tanto en el campo físico como de consciencia, por sobre el hombre primitivo, siempre en gasto de su energía hacia la complacencia de sus necesidades fisiológicas. Con este rumbo y declaración de intenciones e ideas centrales inicia el largo caminar de estos dos observadores.

Los distintos paisajes y poblaciones harán nacer, como se ha de suponer, en el pensamiento de González multiplicidad de reflexiones y elucubraciones siempre en movimiento, así se logre extraer de esta suerte de diario una serie de concepciones más o menos organizadas y coherentes. En la altura del Nevado del Ruiz dará cuenta de su sentido metafísico ligado a ciertas nociones sobre el amor, y escribirá lo siguiente sobre esta forma de un pensamiento en movimiento:

Es nuestro propósito que la obra y expresión de nuestro vivir de cada instante quede agradable y efímera. ¡Odiamos la seriedad! Todo sonríe y es efímero, menos el hombre gordo. El estilo y el pensamiento deben ser variables, efímeros, como la telaraña, que es todo lo fenoménico. (2016b, p. 72)

Dentro de este marco de un par de aficionados a la filosofía fieles a un pensamiento vital y en movimiento, basado directamente en la experiencia del mundo, sus contrastes y eterno devenir, hay que detenerse en aquellos pasajes donde la muerte fue el centro de atención, por una u otra circunstancia vivida. En un principio, en el camino entre Medellín y La Ceja, se empieza a formar una idea sobre la muerte a partir de la observación de la vejez: “La vejez, que se compone de falta de fe, tolerancia y amor, no es sino agotamiento de esa energía que causa todo el fenómeno variado

de la vida” (2016b, p. 10). Siendo la vida energía, su agotamiento no puede producir más que decaimiento, vejez y, finalmente, muerte. Como se citó anteriormente, el hombre es vitalidad y esa vitalidad es energía. La energía es en la vida gastada y, por ello, necesita de método: “El hombre es vitalidad, acumulador de vitalidad, y es preciso ser metódicos. La vitalidad conserva el organismo después de formarlo y lo defiende; cuando esa fuerza nos abandona, enfermamos y morimos” (2016b, p. 20). Un gasto desaforado, desmedido, hecho por un hombre primitivo que es llevado sólo por sus necesidades básicas, significa un desperdicio de vida, un acercamiento a la muerte. Muerte será, por ende, falta de energía, falta de vitalidad.

La anterior es una manera sencilla de abordar el tema de la muerte, aunque González en su viaje logra ahondar mucho más debido a un entierro que logra presenciar en Aguadas. La visión del cortejo torna sombrío el ánimo del autor. Este pasaje es fundamental en sus reflexiones sobre la muerte, pues hay miradas sobre las formalidades, como también hay un intento por penetrar el misterio de la muerte desde su evidencia más ostensible, a decir, el cadáver:

El cadáver tiene la inexpresividad absoluta; no se le puede aplicar ningún adjetivo; no está serio, ni triste, ni aburrido, ni inconforme; todas las cosas tienen un significado, menos los cadáveres. Un hombre muerto queda tan vacío que es un indicio aterrador de que su parte esencial se fue no se sabe para dónde. (2016b, p. 36)

Se nota, por lo dicho por el autor aquí, la constante del miedo hacia la muerte dada la incertidumbre que reposa sobre ella y que años atrás plasma en sus anteriores libros. Pero, en este caso hay algunos añadidos a la noción sobre la muerte que sostiene González (2016b) y que dan indicios de que era consciente de lo que hemos llamado a partir de Canetti “una lucha contra la muerte” que será innata en todo ser viviente:

Este animal extraño, cuyas patas posteriores eran más largas, bajaba de los árboles durante los inviernos, se apoyaba en los troncos, en posición bípeda, y miraba allá lejos; a veces se percibía en sus ojos un relámpago malicioso; era esto la materia bruta del ingenio de Voltaire [...] Ahí está el rostro humano, ahí está la divina sonrisa de Gioconda, ahí está todo el futuro en la figura de nuestro padre cuando abandonó la vida arbórea y se apoyó, parado en dos patas, para mirar más lejos, para huir de la muerte. (p. 41)

Este fragmento es fundamental, puesto que muestra cómo el autor establece desde los mismos inicios de lo que podamos llamar “humanidad” un quehacer frente a la muerte. En el caso de González habría que notar que utiliza la palabra “huir” y no “luchar” como sí lo hace Canetti, lo cual se retomará más adelante. Valga quedarse en este punto con esa respuesta que intenta el hombre frente a un destino que le es inevitable y que, según el envigadeño, y adoptando de nuevo una posición mística un poco más frontal y contundente que la mostrada en sus anteriores obras, puede darse de esta manera:

No; hemos querido hacernos a un acopio de principios que sea nuestro bagaje por el camino de la vida; queremos adoptar una posición vertebrada ante el terror de la muerte. ¡Pero no lo conseguiremos! Hay indicios de que algo supremo, la armonía suprema, nos llama más allá de la tierra. (2016b, p. 54)

Alguno podría interpretarlo como un guiño por parte de González hacia una transición inevitable a un más allá que se presiente y ha presentado desde siempre; otros podrían decir que directamente admite, tras la recurrencia de esta duda en las obras de González hasta aquí expuestas, ese otro lado que cruza la vida y no es más que otra vida. Lo que sí es evidente es que el sentido de muerte como cambio de forma se mantiene e, incluso, logra tomar más fuerza de la que tenía antes en el combate frente a la noción de muerte como incertidumbre absoluta e irresoluble. Ahora, lo que se le podría añadir a una posible definición de muerte en el Fernando González de *Viaje a pie* es que ese cambio de forma toma sentido después de que, como se dijo antes, se agotara la energía que constituye al ser humano. Cambiar de forma se hace, podría decirse, necesario u obligatorio para un algo más, aún indeterminado por González en este libro, así lo sintetice y manifieste en un apunte:

Esta esfera dura es nuestra cuna y nuestro sepulcro. ¿Por qué deseamos abandonar esta madre? ¿Por qué los ímpetus de elevarse? ¿Por qué el Santo y el Héroe? Es un indicio, un leve indicio, de que hay en nosotros algo que no es terrestre. Ese leve indicio ha creado la metafísica y el misticismo. (2016b, p. 34)

Y, para cerrar con este corto análisis sobre las concepciones sobre la muerte en *Viaje a pie*, queda en punta la siguiente aseveración que empieza a mostrar hacia dónde va González y cómo terminará afrontando la muerte tras la sensación de trascendencia de lo corporal que lo va inundando poco a poco: “Jesús es el camino; Jesús que triunfó de lo fenoménico. ¿Quién otro ha vencido a la muerte?” (2016b, p. 81). La respuesta está en el remordimiento, pero en orden se comprenderá mejor.

2.4 Sobre *Don Mirócleles* (1932)

Hacia 1932, año en el cual Fernando González viaja a Génova, Italia, en representación del Gobierno de Colombia en calidad de cónsul, se publica en París su obra *Don Mirócleles*. Como se dijo en el repaso rápido sobre *Viaje a pie*, éste sería su libro más representativo y recordado, pero *Don Mirócleles* será uno de esos libros que González sienta profundamente, hasta el punto de sentir los padecimientos propios de su personaje principal, Manuelito Fernández: “Si se mata —me dije—, oiré que la bala rompe mis huesos y penetra en mi cerebro. Mi proyecto y la lógica exigían terminar con el suicidio. Pero fue imposible” (González, 2020, p. 1). Este personaje suyo y la historia y filosofía que expone a lo largo de las páginas parecen ser una reminiscencia del tono que González mantuvo en sus primeras obras de 1916. La muerte parece ser el tema central de la obra y esto acentúa cierto carácter pesimista que parecía haber cambiado desde su viaje en 1929: “¿Habrá demasiadas muertes en este libro? ¿Por qué ha resultado con tantas muertes, agonías y entierros? Manuelito es alma en descomposición” (2020, p. 52). Lo cierto de todo esto es que su personaje principal es un moribundo cuyas circunstancias parecen llevarle a presenciar múltiples muertes que avivan su pensamiento, pero el núcleo central de *Don Mirócleles*, a pesar de la muerte, es la vitalidad:

El tema consciente de *Don Mirócleles* es la vitalidad, la energía vital. Por eso hay tantas muertes en el libro, y eso explica también su génesis en el miedo de morir. El libro es, pues, concienciación del plano material de la existencia, encarnación del mundo pasional, conciencia fisiológica. (Macías, 1996, p. 24)

Manuelito Fernández, expositor de ideas como la de personalidad, individualidad o embolias psíquicas, no es la figura más apropiada para representar la vitalidad. Este hombre condenado al vicio del cigarrillo, el alcohol y con una muerte anunciada en el abdomen, alcanza a ver en la sustentación de todas estas nociones a don Mirócleles, símbolo de unidad psicológica y desarrollo pleno de la personalidad. Esta será a grandes rasgos la obra que se presente por partes como una novela y en otros momentos como la exposición de ideas puestas en boca de Manuelito. En concordancia con esta estructura general, tanto en lo formal como en el contenido, hay algunas concepciones importantes dentro de este libro que, aparte de ser foco de las reflexiones de la obra, permean el pensamiento sobre la muerte que González expone aquí. Se procederá, entonces, a mostrar algunas de esas nociones y cómo todas van en torno a la vitalidad y la muerte.

Una de las primeras preocupaciones que surgen en esta obra es la de pensar la personalidad y la individualidad. Dirá González (2020) en boca de Manuelito Fernández que por personalidad entiende es “[...] el conjunto de modos propios de manifestarse el individuo” (p. 7) y, a continuación, que “aquello que se manifiesta [...]” será la individualidad. Estas dos nociones empiezan a aproximar a los lectores de este autor hacia la búsqueda y expresión de la autenticidad, tal y como se describe a Mirócleles, pero también al maestro Tobar: “Tobar es un hombre, y los demás asistentes al entierro, no. Es un hombre parado en sus dos pies, firme en su capricho, o sea en su alma íntima” (2020, p. 41). Ese desarrollo de la personalidad que hace de los hombres grandes, llena de fascinación a González en esta etapa, pues ellos serán quienes expongan de manera más evidente la vitalidad de un individuo. Eso lleva incluso a notar a González (2020) en ese mismo entierro que prácticamente todos los asistentes allí presentes eran cadáveres que podrían caer fulminados en cualquier momento, con el temor de morir y no haber manifestado el alma íntima.

Se presenta otra noción a raíz de ese ocultamiento del alma íntima, y es la concepción de embolia psíquica, las cuales son las que no permiten la correcta manifestación y desarrollo de la personalidad en los hombres. Esta noción de embolias será tan importante, que estará detrás de la aparición y persistencia en los vicios, además de llevar al hombre a actuar de maneras incorrectas. Será precisamente a través de la disolución de las embolias y el correcto fluir de la personalidad que el hombre obre de manera buena y bella:

Por lo tanto, señores, no creáis que por aprender los tratados de buenas maneras, por vestiros a la moda, seréis bellos o grandes. El secreto está en desarrollar la personalidad, y, una vez desarrollada, todo lo que hagáis será bueno; vosotros seréis entonces los creadores de lo bueno, de lo bello, y cualquier cosa que hagáis será buena... (2020, p. 8)

Esta idea es comprensible si se sigue el argumento dado tanto en este texto como en otros como *El payaso interior*, de que todo en el universo sigue una cadena causal, una cadena lógica. De ello se desprende que González (2020) considere que aquello que actúa de manera lógica será, por tanto, bello y bueno, y, como los hombres que logran disolver sus embolias y hacer fluir su personalidad actúan de manera acorde a su alma interior, todo lo que hagan será bello y bueno. Dirá de manera acertada y consecuente González (2020) en boca de Manuelito González que “Las verdaderas universidades son los grandes hombres” (p. 55).

Todo lo explicado hasta acá empieza a desembocar en el tema de la muerte cuando se nota que la forma de disolver esas embolias psíquicas es a través del método, y que las grandes personalidades, como la de Tobar o Mirócleles surgen a partir de tener método y, con él, gastar la energía de forma ordenada y medida. Hay que notar que, en el funeral ya mencionado, en que Tobar se destaca sobre los demás por ser un hombre con personalidad y, por ende, un hombre con método, todos son muertos, todos cadáveres, menos él. La muerte reflejada ya lentamente obrando en Manuelito Fernández a través de su cáncer de duodeno, no sólo va a significar la pérdida definitiva de la energía y, por esto, de la vitalidad sino, además, el desperdicio o manejo desaforado y desmesurado de la energía. Un hombre que actúa sin método y que, por ende, tiene presa de sus embolias a su personalidad y manifiesta actos viciosos y carentes de belleza y bondad, es cómplice de su propia muerte y es, como se expresó más arriba con respecto a Manuelito Fernández, un alma en descomposición, o, dicho de otra forma, una vitalidad malgastada:

¿Dónde está la vida mental que pueda quedarnos después de caer fulminados? ¡Nada! El único que hay aquí vivo, la única supervivencia que hay aquí es el maestro Tobar, porque representa un método, un modo propio de manifestarse. Él no plagia, no va a caer como Tobías. Él fue el inventor del método para aprender el Código de Minas. (2020, p. 41)

Esta forma de muerte como desperdicio de vitalidad aparece como una nueva forma en comprenderla en su obra y será evidentemente repudiada por el autor. Sin embargo, la otra muerte, esa radical, inevitable, temible, irá por otros caminos en este texto y podría decirse que continúa con el presentimiento místico que la ha acompañado de fondo hasta este punto de la obra del envigadeño, pero en este caso ya un poco más firme. Para comprender esto, vale la pena comenzar con el siguiente fragmento que citaré en dos partes. En la primera parte del fragmento a citar, escribe González (2020):

Poco importa, para lo trágico del dolor, que el primer ser querido que muere sea la madre o el animal doméstico, pues lo esencial es que ese primer dolor es el que nos libra, en poco o en mucho, de las apariencias y nos hace anímicos. (p. 14)

La muerte venía siendo hasta este texto ese tránsito hacia otra forma y la intuición de un algo más. En *Don Mirócles* la muerte empezará a tener un papel aún más relevante al ser un medio de liberación del mundo de las apariencias y sumerge a quien padece pérdidas cercanas en reflexiones profundas. El dolor en este caso será esencial y el presenciar la muerte cerca supone un dolor intenso que lleva a ahondar, contrario al placer que llevará a hacer superficial el mundo y sus experiencias (González, 2020). Y, si bien la muerte puede traer esa liberación, también es cierto que saca del hábito, lo rompe y, dado que es entendido como el lugar donde se manifiesta la energía, puede llevar a sacar de quicio a quien padece una pérdida en esa ruptura de la expresión habitual de la energía. El dolor, según lo anterior, puede ser maestro y expresado por medio de la muerte con mayor razón, pero también parece requerir ese tipo de experiencias una suerte de orden en las ideas y de método para no sucumbir ante sus ásperas enseñanzas.

La muerte y el desvanecimiento de las apariencias tendrá en la continuación del fragmento arriba citado un rumbo particular: “El mundo de los sentidos es una apariencia desvaneciente, y detrás está la esencia, dice el que se hace filósofo con el primer dolor. A costa de lágrimas es como se intuye a Dios” (2020, p. 14). Si Dios y el presentimiento de lo Uno que llama al hombre era una constante en libros anteriores, en *Don Mirócles* toma una forma más concreta y contundente. Para esto, hay que leer un par de anotaciones que hace González en este texto. Una primera consideración apunta hacia una noción del hombre como una suerte de inadapto sobre la tierra, pues no parece hecho para hacer algo con perfecta precisión como sí sucede con otros seres como

los pelícanos y su correcto pescar, lo que lleva a la siguiente reflexión del autor: “Conclusión: el hombre apareció para nada, o sea para hacerlo todo a medias, pues no sabe nadar bien, ni orinar bien, ni nada bien” (2020, p. 40). Este pensamiento es bien complementado y establece un puente perfecto hacia la idea de Dios con la observación de que “el hombre vive y actúa en la tierra como quien no es de ella completamente, y jamás se aclimata a ella” (2020, p. 77). González, a través de estas anotaciones, parece reforzar la imagen del hombre como un ser abocado a una trascendencia, así esté constantemente llamando al cuidado del cuerpo como hace en *Viaje a pie* o en esta misma obra, donde certeramente se da cuenta de que todo es del cuerpo, nada del espíritu, por lo menos en esta vida, pues todo se irá tras la muerte (González, 2020).

Una segunda consideración para comprender esa inclusión fuerte de Dios en el pensamiento de González es a partir de las consideraciones ya hechas sobre el dolor, y es que el autor relaciona a Dios y el dolor de una forma particular, ya que piensa que Dios *es* el drama humano y, valga la pena traer sus palabras literalmente: “Lo único que puede librarnos de esta tragedia del envejecer es penetrar en el drama, adentrarnos en las formas” (2020, p. 26). Si se recapitula, en obras anteriores González ya hablaba del envejecer relacionado con una falta de vitalidad y, en esa medida, con un acercamiento a la muerte. Y si a esto se le agrega que la muerte ajena y el dolor y estremecimiento que produce aleja de las apariencias y permite ahondar en las formas, parece que Dios como drama, Dios como dolor es la meta un González que busca la vitalidad. Dios siendo vitalidad plena ofrece, claramente, liberación plena de las apariencias y, si se sigue esta lógica, liberación de la vejez, de la falta de vitalidad y, en último término, de la muerte.

La conexión entre Dios y la muerte se hace patente y parece ir en dos sentidos: en el que la muerte ajena lleva al dolor y al drama que libere de las apariencias, y al de la muerte propia que presuponga falta de vitalidad y conduzca a una búsqueda de Dios que es precisamente vitalidad pura. Entendida así, la muerte propia se hace temible, pero presiente González por esta serie de argumentos que, en esa persecución religiosa o mística, según se le quiera comprender en este punto de su obra, Dios es un objeto de deseo irresistible, y así será según avancen las obras, hasta ese famoso llamado del padre Elías: “Gallinacito, vení, vení.../por un viejito que tengo aquí...” (González, 2021, p. 111), donde muerte e Intimidad están, valga la redundancia, íntimamente ligados. Pero, por el momento, hasta *Don Mirócleles*, la muerte ajena es objeto de estremecimiento y la propia se torna de la misma forma a la hora de la agonía. Epaminondas en sus largos estertores

es evidencia de ese vaciamiento de vanidades para observar el puro miedo que queda ahí, aunque el morir sea intuido como tan natural o sutil como puede resultar el nacimiento (González, 2020).

Será hasta este punto que el entonces nuevo cónsul colombiano en Italia tome una decisión importante que repercutirá en obras posteriores a *Don Mirócleles*:

[...] He renunciado a escribir la agonía de Epaminondas, porque no se puede pensar impunemente en el mal, en la muerte, en la agonía. Acaban esas cosas por formarle a uno un círculo férreo que lo va apretando, apretando hasta reventar.

Ahora voy a virar. Contemplaré la grandeza del hombre y las cosas bellas [...] (2020, p. 84)

Similar a aquel apunte de Canetti (2017) que reza: “Algún día resultará evidente que con cada muerte los hombres se vuelven peores” (p. 24), González parece notar que entre más piensa en la muerte, más se siente asediado por ella. El giro que hace por pensar en otros asuntos que lo intrigan más como los que menciona en la cita se verán reflejados en las obras de *El hermafrodita dormido*, *Mi compadre* y *Salomé*. Recién en *El remordimiento* se comienza a retomar algún asunto puntual sobre la muerte y ya plenamente se vuelve sobre el tema en *El maestro de escuela*.

2.5 Sobre *El remordimiento* (1935) y la noción de remordimiento

Para la exposición de esta obra y la noción principal que la conforma y que, también, será central para el desarrollo del argumento del presente trabajo, se dividirá en tres momentos para facilitar la comprensión de lo que se desea abordar. Un primer momento apuntará generalidades, tanto sobre la forma como el contenido; el segundo momento abordará concepciones generales sobre la teología moral y el remordimiento como su mecanismo de ascensión de conciencia para, en un tercer momento abordar plenamente las relaciones del remordimiento con Dios y la muerte.

2.5.1 Generalidades sobre la obra

Para 1935, año en que es publicado *El remordimiento*, Fernando González ya se hallaba fuera de Italia a causa de unas notas suyas que encontraron las fuerzas policiales italianas e iban en

contra de la figura de Benito Mussolini. A raíz de este hecho, González es trasladado a Marsella, Francia, lugar donde escribiría la obra en cuestión. Similar a la estructura de *Don Mirócleles*, el autor parte de una narración para hacer una exposición de algunas de sus reflexiones sobre algunos temas. En el caso de *El remordimiento*, González se hace él mismo protagonista de la breve narración que se podría resumir en un solo suceso, y se trata de la negativa de acostarse con Toní, una coqueta y joven institutriz con quien comparte una tensión amorosa fuerte, al punto de escandalizar a su época y llegar a la memorable escena de un González abriendo la cómoda de Toní para ver y oler sus calzoncitos (González, 2017a). Este pequeño y sonoro detalle tendría tanto eco que el mismo editor de entrañable confianza, Alfonso González, intentó persuadir a Fernando de suprimir y modificar las escenas más fuertes para la sensibilidad de la época y, como era de esperarse, el autor se negó rotundamente a esta forma de censura: “Atentaste contra la vida, suprimiste la lógica que preside al devenir. Hiciste verdadera pornografía. Pornografía es tenerle miedo a la vida, a la verdad de la vida, tener los instintos vitales encapuchados en la oscuridad de la vergüenza” (2017a, p. 3). Comprende González (2017a) que no es posible presentar una obra cercenada y adaptada para lo que llama “FERNANDO GONZÁLEZ PARA NIÑOS Y SEÑORITAS BIEN EDUCADAS” (p. 4), y que, además, todo lo eliminado por el editor constituía la columna vertebral del argumento del libro. Finaliza esa carta a su editor González (2017a) diciendo que: “Todo es esencial en mi libro. Si suprimiste, renuncio a la publicación” (p. 5). Así ve la luz una obra escandalosa, pero llena de hondos pensamientos.

Aparte del escándalo que se dio en su momento, la división entre narración y teoría parece más o menos clara, sobre todo hacia la mitad de la obra, donde comienza a hablar directamente en términos de definiciones, leyes y demás relaciones conceptuales. Por esto, se trata de un libro que, a diferencia de *Don Mirócleles*, tiene una carga mucho más definida hacia la exposición de pensamientos, siendo más evidente la introducción de los calzoncitos de Toní y el remordimiento de González por no acostarse con ella en el momento que pudo hacerlo como elementos que sirven de pretexto para el desarrollo de algunas nociones. Hacia el final de la obra, expresa el mismo González (2017a) una definición y declaración de intenciones:

El autor desea ejercer de crítico respecto de su obra: es libro cristiano, muy tentado. Se trata de cristiano que ama al paganismo, que a veces desea adquirir la inocencia de los grandes falos que ponían en las casas de Pompeya, porque, al mismo tiempo, vive en el sentimiento

de pecado. Dos mil años de cristianismo pesan sobre él. Ama la juventud; contempla lo efímero de la juventud y... ¡llama a gritos al Redentor! (p. 73)

El remordimiento, la ascensión en conciencia, la muerte, pero sobre todo Dios, serán los ejes en torno a los cuales la obra constantemente gire. Acerca de estos temas generales, escribe Macías (1996):

[En “El remordimiento”] ya ha emprendido el camino de la reconciliación mística, "A cambio de todo dame conocimiento"; y ha desarrollado la concepción de la existencia como el ascender en la escala de la conciencia y de la muerte como el ser sin apariencia. (p. 31)

Si se presiente al místico en *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior*, y se empieza a exteriorizar en *Viaje a pie* y más fuertemente en *Don Mirócleles*, es acertado decir que en *El remordimiento* está ya plenamente hablando, contrario a las clasificaciones que algunos hacen, donde ubican el momento místico de González de manera tardía desde *El libro de los viajes o de las presencias*.

2.5.2 Teología moral y remordimiento

Todas las concepciones que encuentran un desarrollo en la obra tienen sentido dentro de lo que González (2017a) denomina teología moral, la cual es definida como: “el estudio de Dios en cuanto se relaciona con el hombre” (p. 12). Sobre Dios y sobre el hombre hay múltiples reflexiones en el libro, y la más fundamental que establece relación entre ambos y funciona como punto de partida es aquella que explicita el deseo de Dios que alberga el hombre: “Quiero amar al que no envejece, al que tiene siempre dientes juveniles; quiero amarte a ti, Señor, eterna y perfecta juventud” (p. 6). Esta relación Dios-hombre estudiada por la teología moral, y el deseo del hombre por Dios es resuelto por González (2017a) a través del mecanismo del remordimiento.

Los problemas morales que se puedan establecer en esta obra y que son parte de los intereses presentados por la teología moral, todos giran alrededor de las muchachas:

Tres son las mujeres con quienes he imitado a José: la criada Margarita, en mi niñez [...]. Teanós, de Atenas, y Toní, de Alsacia. ¡Variados remordimientos que me causan las tres mujeres que me amaron y de quienes no gocé, ya por impotencia, ya por estar enamorado de una imagen propia, o sea, enamorado de la superación! (2017a, p. 8)

Como se lee en este apartado, el remordimiento es, primero que todo, un dolor que puede estar influido por múltiples formas en que se puede lamentar de una acción o inacción por ser juzgada como mala, en este caso, por las oportunidades perdidas, negadas. Pero el remordimiento no es exclusivo del reclamo de la carne ante la renuncia del su deseo por parte del alma, sino que también puede surgir desde la caída en la tentación y la complacencia de los instintos más básicos o animales. Hay, así, dos fuentes del remordimiento que serán diferentes y que Palacio (2012) resume bien: “Aparece entonces un remordimiento por la acción baja, por el acostarse y entregarse a los instintos, y otro remordimiento por la acción alta, es decir, la renuncia a la carne presta y accesible de Tony” (p. 163). Claramente no es lo mismo lamentarse por haber respondido a un deseo que el dolor por negarse a complacerlo. En un caso el espíritu se atormenta por la victoria de la carne, en el otro es la carne quien sufre el triunfo de su contraparte, con la ventaja de este último de generar un dolor mezclado con un sentimiento de beatitud (González, 2017a)

Hasta aquí hay dos cosas por apuntar: la primera es que el remordimiento, que puede darse antes, durante o después de la acción, requiere de la reflexión del sujeto actuante: “Padezco, pero medito” (González, 2017a, p. 64). Esto lleva a que el remordimiento, como ya se dijo, es un dolor, pero también un mecanismo de la teología moral, puesto que es el comienzo de una cadena de acciones que tienen como finalidad la ascensión de la conciencia. El mecanismo, que tiene como antecedente el ideal que la inteligencia proporciona sobre seres mejores que se desean imitar y que, por las acciones hechas o evitadas, lejanas a ese ideal, genera desprecio por el ser actual y actuante y, por esto, remordimiento. Ese dolor del remordirse incita a la meditación que, luego, lleva al arrepentimiento para, finalmente, presentarse el anhelo que camina hacia ese ideal y que, en último término, significa ascensión de conciencia, liberación de nosotros mismos (González, 2017a).

Como segundo apunte, hay que decir que así se juzgue como acción baja o incluso pecado una acción, uno de los puntos polémicos de González (2017a) es la consideración de esos pecados no como acciones objeto de culpa sino como un paso necesario del remordimiento a la beatitud: “Tenemos el derecho de gozar de todos los instintos [...]” (p. 12). Lo que llaman pecar se hace

necesario para llegar a la intención de confesión y finalmente al arrepentimiento (Palacio, 2012). Es así como se comprende la insistencia de González (2017a) en que “[...] allá las dejé vírgenes en las orillas del Huveaune, pero me preñaron a mí de remordimiento” (p. 9).

2.5.3 Dios, muerte y remordimiento

En la ya citada descripción general que hace el autor sobre este libro, hay que resaltar que, a pesar de las inclinaciones paganas y de las tentaciones que acepta para caer en el pecado, es un libro pleno de cristianismo y, por tanto, plagado de referencias y llamados a Dios y el ascenso de la conciencia, el cual se podría también interpretar como un deseo y camino de trascendencia (González, 2017a). El remordimiento como herramienta de la teología moral en búsqueda de esa relación entre Dios y el hombre toma, por esto, tintes místicos en el ardoroso deseo y búsqueda del envigadeño: “Dátame, Señor, pronto, porque voy detrás de las muchachas, árboles, luces y sombras, y no me satisfacen sino que me dirigen a ti, me dan tu dirección... y ya estoy desfallecido de buscarte” (2017a, p. 6). González quiere ir más allá del mundo de lo fenoménico, y la vida se le presenta en este sentido como el mal de estar arrojado entre las sombras. La muerte puede ser la liberación del mundo de los fenómenos, pero es al mismo tiempo la liquidación total y la imposibilidad de adquirir una mayor conciencia ante la imposibilidad de la experiencia y del remordimiento. Al respecto se dice que en la muerte “[...] ya no existimos sino que somos.” (2017a, p. 9). La vida es la posibilidad de subir en la escalera de la conciencia.

Con estas reflexiones prevé el autor algo más sobre esta ascensión. Como es lógico pensar, González observa sus sentimientos de ese algo que le llama más allá de la tierra desde *Pensamientos de un viejo*, y ve en el hombre un ser descontento y que no se logra aclimatar a la vida terrena. Esto, junto con la concepción del vivir o, mejor expresado, viviendo como una escuela de ascensión espiritual, parece indicar la trascendencia inherente del hombre: “El remordimiento es prueba de que no somos completamente terrenales; que habitamos aquí provisionalmente, como en una escuela” (2017a, p. 49). Es por esto por lo que morir detiene el aumento de conciencia, aunque deja la inquietud de un para qué esforzarse en este menester, y la respuesta yace en esa trascendencia y, en definitiva, en la idea de que el cambiar de forma que implica la muerte lleva a otro lado. Y así el cristianismo, como se dijo, le impregna fuertemente, en este caso acompañado por un cambio fundamental:

Así, no hay premios ni castigos. El cielo consiste en el estado de conciencia adquirido a tiempo de morir. Lo mismo, el infierno. Es un estado-resumen de la conciencia. Al morir, cesa la posibilidad que se llama tiempo y espacio, posibilidad de ascender. (2017a, p. 11)

La cita es clara y el dualismo cristiano se disuelve y resuelve en la idea de un estado de conciencia que se alimenta en el padecer de la vida. El cielo, por esto, lo que podría llamarse el premio que espera luego de la muerte estaría más cercano en cuanto más grande sea la conciencia. Hay una clave aquí, la cual consiste en que, si en el morir cesa la existencia y se empieza a ser, hay que notar la siguiente definición de González (2017a) sobre Dios, haciendo eco de la voz que se esconde detrás de la zarza que arde, pero no se consume: “El ser está fuera de la apariencia: esto es evidente. Dios no existe. Es. YO SOY EL QUE ES. Si de Dios se pudiera tratar, sería fenómeno. La palabra...” (p. 13). El deseo místico del autor por fin se muestra con un camino por recorrer y una herramienta para caminarlo, y la vida adquiere sentido pleno en relación con esa muerte que nos enfrenta al ser. Vivir para crecer en conciencia, conciencia para acercarse a Dios. Es adicionalmente por esto que el remordimiento es el camino hacia la beatitud y los grandes santos son los que más se horrorizan ante su vida:

El que se avergüenza de su obra (libro, estatua, etc.) está por sobre ella; el que lo hace de su pasado, está por encima de él. Quien se aprueba y vive tranquilo, es una babosa. Los santos se tienen horror a sí mismos. (2017a, p. 52)

La muerte en este punto de la obra de González ha rendido sus frutos. Concebida en esta obra también como un cambio de forma, muestra que de fondo trae una serie de retos para el vivir y le da pleno sentido. Esto será particularmente cierto cuando se retoma ese “padezco, pero medito” (2017a, p. 64) y la vejez y la muerte se hacen soportables a través de esa meditación: “Padezco las pasiones, pero aquí las analizo. Analizando me curo del sufrimiento. El análisis nos liberta”. (2017a, p. 57). La filosofía retoma su faceta socrática de preparación para la muerte, filosofía hecha desde el viviendo, padeciendo, pecando, pero remordiando, arrepintiéndose y ascendiendo. Y de ser esto así, morir llevará a la última concepción de González sobre la muerte, la cual es tránsito y también liberación. El padre Elías empieza a llamar.

2.6 Apuntes sobre *El maestro de escuela* (1941)

Para cerrar este estudio de las nociones sobre la muerte que Fernando González plantea y desarrolla a lo largo de las obras propuestas, y habiendo explicado el mecanismo del remordimiento y su relación con la ascensión de conciencia y la muerte, vale la pena dar un vistazo rápido por la obra que cerraría su producción filosófico-literaria por diecisiete años, *El maestro de escuela*. Tendrá este texto una serie de reflexiones que no sólo se limitan a el desahogo, por partes incluso vehemente, de González. La muerte estará rondando todo el texto y el inicio del viaje de las presencias que derivaría en su obra de 1958 se explicita aquí. Recoge, igualmente, concepciones anteriores sobre esa aspiración a la reunión con lo Uno o Dios y puede dar un cierre apropiado a las consideraciones sobre ella hechas en *El remordimiento*.

En términos generales se trataría de la obra más oscura de González, en tanto se le ve finalmente vencido en su “vivir a la enemiga”. Resume con precisión Macías (1996) el espíritu del texto:

El maestro de escuela es el momento de la gran transformación, ya que se convierte en la realización simbólica del abandono del carácter beligerante de Fernando González. El mismo lo llama "la muerte del egoísmo" o de la "insensatez" o de "la voluntad de dominio: el querer hacer buenos a los otros, por medio de la denuncia de sus errores, vivir a la enemiga. (p. 87)

La lucha perdida de un González crítico, animoso y vital desde la revista *Antioquia*, desemboca en un libro que supuso un abandono de tanto bregar y bregar con sus gritos de reclamo sin voz ni eco, para la declaración de la renuncia, la muerte del maestro Manjarrés, la pintura de su propio abatimiento, en su “Ex-Fernando González” (Acosta, 2021). El tema del “grande hombre incomprendido” en que se piensa el envigadeño y el cansancio y rabia final, son la introducción al prolongado silencio que le sigue a esta obra, al recogimiento en búsqueda de la Intimidad (Macías, 1996).

Se parte entonces desde esa firma “Ex-Fernando González”. El libro, como lo explica González (2018) al comienzo de la obra, tratará sobre la disolución del yo planteada desde otra forma de concebir la muerte:

¿Puede uno haber sido enterrado y andar por la calle? ¿Cuántas veces hemos muerto? ¿Sucedee el caso de asistir a su agonía y entierro, objetivarlos y poder afirmar: «Yo era el único que estaba allí»? Tales son los problemas que nos ocupan. (p. 2)

Morir en este caso no tratará de aquel umbral que una vez cruzado cese de manera irreversible la existencia de un individuo. Morir adquiere el sentido, en este caso, y siguiendo al profesor Carlos Mario Gonzáles (2003), de esos cambios o transformaciones que va sufriendo todo hombre a lo largo de su vida y que podrían denominarse “muertes relativas”. La conciencia de pecado y la sensación de culpa que recae sobre el propio sujeto que deja de echársela a los demás, es la sentencia de muerte sobre Manjarrés y el anuncio del remordimiento:

¿Qué sucedía? Que el ser que «tenía la culpa de su fracaso» se consumía y entraba en la muerte. Por consiguiente, Manjarrés se sentía culpable; a medida que Josefa se moría, él adquiría mala conciencia. Es el fenómeno del remordimiento. (González, 2018, p. 13)

El remordimiento, ese mecanismo de la teología moral, resulta siendo igualmente el inicio del tránsito de esas muertes relativas que signifiquen en último término un escalón más de conciencia. Y González (2018) admite que es este el hombre bueno, en el que se estaba convirtiendo un Manjarrés remordido, culpable; uno en el que se descompone el egoísmo, aunque con la consecuencia de su propia descomposición, su propia muerte. Esto es particularmente curioso si se contempla la importancia que se daba con anterioridad al remordimiento, y es, como ya se dijo, el cansancio mismo del autor: “«La bondad», «la verdad», «la honradez», etc. , son de libros, invenciones de los astutos; en la tierra de Adán y Eva no hay sino la causalidad, que es fría, inexorable” (2018, p. 30). El mundo de lo fenoménico ha hastiado en definitiva a González, lo cual explica el volcamiento radical de esos diecisiete años de recogimiento interior.

Empieza la búsqueda plena e intensa, aunque no reciente de Dios. Lo fenoménico, como ya se estudió en *El remordimiento*, desea ser trascendido por González, pero le será de utilidad para alcanzar la unidad con lo Uno. Conocer lo fenoménico, por ello, será su objetivo para integrarlo poco a poco al yo y, finalmente lograr el objetivo: “El culminar del conocimiento es el sentimiento de un solo ser (Dios). Unión divina; ascenso a Dios. Ahí desaparecen los sentimientos de bien, mal,

pecado, dolor y placer, todos los entes morales, entes de la imaginación” (2018, p. 27). La muerte, la definitiva, sigue siendo certeza de esta unidad, y la vida la oportunidad para prepararse con el conocer, remorderse y ascender más y más para ese estado de ser.

Se acabó el “quién sabe” que ponía a tambalear y temblar a González en sus primeras obras y se afianza su sospecha de ese algo más que le llama y de esa muerte que es transformación. El padre Elías fue consciente de esto y en *El maestro de escuela* es una plena certeza como para que incluso la pida al final de sus días: “Juntos saldremos del hediondo sudario, como mariposas” (2018, p. 24).

3 Para comprender el remordimiento y su pertinencia en la lucha contra la muerte

Hasta este punto del trabajo se han hecho tres análisis fundamentales para llegar finalmente a la meditación sobre el remordimiento como una herramienta para luchar contra la muerte. Con base en la lectura y reflexiones hechas sobre la muerte y el remordimiento a partir de una forma de lectura de la obra de Fernando González, y a través de las obras planteadas para esto, a decir, *Pensamientos de un viejo*, *El payaso interior*, *Viaje a pie*, *Don Mirócleles* y *El remordimiento*, con una lectura adicional sobre *El maestro de escuela*, se puede establecer, y adelantando una respuesta que para algunos resultaría obvia desde lo ya dicho, que el remordimiento de Fernando González no es una herramienta apropiada para la lucha contra la muerte, por lo menos como la plantea Elias Canetti, y que, además, podría considerársele al Brujo de Otraparte como un amigo o benefactor de la muerte.

En un principio, a modo de resumen, hay que considerar de nuevo las posturas sobre la muerte que plantea González para luego proceder con el análisis: En *Pensamientos de un viejo* y *El payaso interior*, el escepticismo y el escenario de la muerte como un “quién sabe” es predominante, aunque surge por allí la concepción de la muerte como un cambio de forma y aquella visión sobre la predominancia de la vida en los cementerios, incluyendo alguna duda adicional: “Hay indicios de que algo supremo, la armonía suprema, nos llama más allá de la tierra” (González, 2017b, p. 54). Para *Viaje a pie*, la muerte sigue siendo una bruma impenetrable, y el cadáver, la evidencia cruenta de la muerte, no aclara nada en su inexpresividad; mas el hombre, simio que baja de los árboles, se yergue en dos patas y mira al horizonte para escapar de la muerte, presiente “un algo más” que lo llama, hace que González (2016b) empiece a afianzarse, desde la idea del agotamiento de la energía y vitalidad, en la concepción de muerte como cambio de forma hacia algo no terrestre, algo que ha inspirado a santos y héroes. Hacia *Don Mirócleles*, el autor escribe sobre la vitalidad un libro lleno de muertes, donde ella se empieza a manifestar desde el gasto no metódico y desordenado de la energía, y la presencia de embolias psíquicas que no permiten el flujo de la personalidad, hasta la necesidad de padecerla por el duelo, en tanto la muerte aboca al dolor, libera de las apariencias y lleva a penetrar en el drama, a decir, en Dios, quien es plena vitalidad (González, 2020). En *El remordimiento*, la muerte se hace paso del existir al ser, de lo fenoménico a una unión con Dios, además del cierre definitivo de una vida que se presenta como la posibilidad de ascender en conciencia a través del remordimiento para hacerse más uno con lo

Uno, acercarse más a Dios (González, 2017a). Por último, en *El maestro de escuela* se encuentra con una concepción de la muerte en dos sentidos: una relativa, en tanto descomposición del yo, y la definitiva como la consolidación del presagio de la posterior idea de González de muerte como tránsito y liberación hacia la Intimidad (González, 2018).

El anterior es a grandes rasgos y fuera de detalles el recorrido hecho en el apartado anterior. Las concepciones que más constantes se mantienen acerca de la muerte en las obras estudiadas son, como se puede leer, la del tránsito hacia el ser o Dios, planteando como objetivo un ascenso en la conciencia y un conocimiento del mundo de lo fenoménico para estrechar la relación planteada desde la teología moral entre Dios y el hombre. El remordimiento es, en este sentido, una herramienta crucial para que esta unión se pueda producir, y se resume de manera corta a través del esquema remordimiento-arrepentimiento-concienciación, precedido, claro está, de un acto no conforme con el ideal planteado por la inteligencia (González, 2017a).

La lucha contra la muerte desde González (2016b) se puede empezar a intuir desde la siguiente anotación: “Jesús es el camino; Jesús que triunfó de lo fenoménico. ¿Quién otro ha vencido a la muerte?”. Se complementa bien este pasaje de *Viaje a pie* con otro apunte poco después de este: “¿Quién superior a Jesús? Vivió como eterno; fue quien consideró la forma corporal como accidente, fue el SUPERADOR” (2016b, p. 82). El cuerpo al inicio de este viaje era esencial en cuanto a su ejercitación y la relación de la movilidad corporal con la espiritual. Sin embargo, la preeminencia es clara, y González (2016b) muestra ese deseo místico que le empieza a embargar cada vez más desde *Pensamientos de un viejo*, aunque sea claro posteriormente en cuanto a la necesidad de esta vida fenoménica para el paso del existir al ser. Las tendencias místicas de este pensador son claras y parecen sus pensamientos resolver el misterio de la muerte a través de sensaciones y explicaciones de corte trascendental y marcadamente cristiano, pero de una heterodoxia clara.

Jesús como vencedor de la muerte por la idea de la carne como accidente y su retorno posterior al Padre, adquiere desarrollo luego en *El remordimiento*, y se logra entender con más precisión cómo es que se vislumbra esa victoria y mediante qué mecanismos. Precisamente la visión que tiene sobre el cristianismo González (2017a) puede ayudar a introducir esta idea:

La esencia de esta moral [la cristiana] consiste en hipertrofia del instinto del cielo, lugar en donde no hay muerte, cambio de sentimientos, infidelidad en todo sentido. La Tierra es

infiel. El hecho protuberante de esta moral es el remordimiento. Aparece el cristianismo porque el hombre se resiste a desaparecer; se hipertrofia su miedo a la muerte, a dejar de ser propietario. (p. 69)

La inmortalidad es, según lo anterior, el objetivo de una religión que se fundamenta en la muerte misma y el miedo a ella. La Tierra, la vida fenoménica, es el lugar de lo mudable, lo perecedero, y la carne, como ya se infiere, desdeñable por este carácter transitorio. La búsqueda del cielo, de trascender lo fenoménico y vencer la muerte, en definitiva, odio a lo terrenal, amor por lo eterno, por el inmortal. Pero González (2017a) es consciente de que la dimensión terrenal del hombre le arrastra y tienta, llevándolo a un espiral de pecado y arrepentimiento donde de por medio actúa el remordimiento, mecanismo central. Este remordimiento, siempre antecedido por un ideal, es en este caso relacionado con Jesucristo:

Todo ideal es maestro. Maestro es aquello que despierta la emoción y nos incita a devenir. El maestro nos incita, nos hace a su imagen. El hombre debe escoger sus maestros, si no quiere extinguirse. Jesucristo es el maestro. Para que aproveche, el maestro debe estar encarnado, debe ser un hombre. (2017a, p. 54)

Para vencer la muerte, aspiración inscrita ya en el corazón de todo ser vivo, el hombre necesita de un referente concreto, no abstracto, que le muestre el camino, y González ha hecho su elección, inspirado muy posiblemente por el jesuita que mora dentro de él. Y lo central aquí, la raíz de esa inmortalidad y superación del mundo de lo fenoménico es claramente dada por el hecho central de la vida de Jesús, su crucifixión, símbolo de renuncia radical:

Jesucristo renunció a todo, para mostrarnos que esa es la manera de resucitar. Renunció a las Marías, para indicarnos que así el amor se volvía infinito. Renunció a su madre, y por eso la convirtió en Diosa, madre del universo. (2017a, p. 32)

Renunciar a todo, incluso a la vida, es lo que el autor llama la cruz. Este medio, si es visto de fondo, es un llamado a que los pobres mortales atados indefinidamente a las pulsiones carnales renuncien a ellas en búsqueda de aquel remordimiento por acción alta (Palacio, 2012), a ese dolor

corporal de González de haber dejado vírgenes a Teanós y a Toní. De nuevo, y de igual manera en que se cae en el pecado para remorderse, renunciar para ese mismo remorder beatífico y ascender en conciencia y acercarse más a Dios, aquél que llamara Jesucristo como Padre: “Es evidente que él había vivido con eso que buscamos; tan íntimamente había vivido, que lo llamaba SU PADRE” (González, 2017a, p. 31). Esta intimidad le es natural en tanto es considerado Dios encarnado, por tanto, su consciencia era ya de suyo una con el Padre, pero para nosotros, consciencias en principio fisiológicas, estamos en el menester de trabajar desde el remordimiento para llegar hasta Él. Es de esta forma que se comprende el remordimiento como una herramienta que estrecha la relación fundamental de la teología moral, pero también funcionaría como una forma de salir victorioso en la lucha contra la muerte, si tan solo se cambiara el sentido que desde Canetti se le da.

El principal problema para considerar el remordimiento como un arma con la cual luchar contra la muerte desde esa perspectiva canettiana yace en el mismo escepticismo de Canetti frente a la existencia de un Dios que, si lo hiciera, sería el primer objetivo de crítica por parte de este pensador. Bien lo explica Peter von Matt en el postfacio de *El libro contra la muerte*: “Sea como fuere, la muerte ha de ser el motivo para el asesinato de Dios. Porque Dios creó la muerte, y Canetti, a pesar de no creer en Dios, no se lo puede perdonar” (Canetti, 2017, p. 214). Es esencial recordar que, como se dijo en la introducción de este trabajo, la muerte es por completo inaceptable y Dios se vuelve incluso comparable con ella: “[...] Empiezo a creer que estas dos palabras, Dios y muerte, significan lo mismo, son lo mismo [...]” (2017, p. 51). Esto establece un primer punto de quiebre entre ambas concepciones, y es que, para González, como ya se vio, Dios es “la muchacha de las muchachas”, la vitalidad y aquello por lo que arde en deseo de unión. La vida es para el envigadeño una preparación para la muerte, aunque una preparación igual para lo que espera después de la muerte, Dios mismo, y Canetti y su lucha no podrían aceptar esto, menos si se piensa en términos místicos.

También, y en línea con esa concepción mística, la resurrección gonzalina a la cual se aspira luego de una vida de constante padecimiento, meditación y remordimiento, viene siendo la forma de salir victorioso frente a la muerte. La trascendencia que se plantea, el sentimiento de no pertenencia a esta tierra y de un cuerpo que se siente más espíritu, aunque en relación de codependencia, es un aspecto que, como se puede ya sospechar desde la anterior objeción, no será aceptado por Canetti, mas sí puede ser aceptable. Se comprende este punto al contemplar el siguiente apunte: “[Sobre Mahoma] Yo tampoco quiero nada entre la tumba y la nueva vida. El

alma sin cuerpo me parece una burla y toda fe que hablaba de las almas me resbalaba como el agua [...]” (2017, p. 61). La idea de una trascendencia o inmortalidad, sobre todo si no es física, que es de por sí evidente, es incompatible en el pensamiento del búlgaro, amén de contar con un aspecto que le hace aceptarla por lo menos como una suerte de idea reguladora en varios pasajes de *El libro contra la muerte*, y el mismo von Matt lo resume de esta forma: “Las fantasías de inmortalidad, no obstante, poseen, según el texto, la función de neutralizar las inhibiciones que pueda haber respecto al acto de matar” (2017, p. 210). Esa conciencia que se petrifica en el momento de la muerte, pero se immortaliza en tanto es, y se une aun más a Dios cuanto más ascienda, le puede resultar ridículo a Canetti y, no obstante, puede ser una idea que por lo menos tiene unas implicaciones prácticas en la lucha contra la muerte.

Un último aspecto que hace incompatible el remordimiento gonzalino para una lucha contra la muerte desde la perspectiva canettiana, y con esto será lapidario el pensador búlgaro, está en el siguiente aforismo:

Una horrible sensación de paz nos invade conforme vemos caer cada vez más gente en torno a nosotros. Nos volvemos completamente pasivos, y ya no devolvemos el golpe. Nos convertimos en pacifistas de la guerra contra la muerte y le ofrecemos la otra mejilla y a la primera persona que aparezca. De esto, de este agotamiento y debilidad, extraen su capital las religiones. (2017, p. 53)

El marcado cristianismo de González, heterodoxo y todo, no tendría sentido para una lucha contra la muerte. Es en este punto que alguno le calificaría, incluso, de ser su amigo o benefactor. González no la resiste con la suficiente vehemencia, se prepara para ella y alista su espíritu para una unidad divina. Cabe recordar bien en su descripción sobre el cristianismo el grito: “[...] ¡odio a la Tierra!” (González, 2017a, p. 69), que, si bien no responde completamente al aprecio e importancia que le otorga el envigadeño al cuerpo y hasta el consentimiento explícito a la caída en el pecado, sus incitaciones a la mortificación de la carne en pro del acrecentamiento de la conciencia y la búsqueda de la beatitud redirigen su camino hacia posturas muy cercanas. Estaría, siguiendo la lógica de Canetti, postrado ante la muerte y, como se mostró en la introducción, desdibujado su odio hacia ella, y es que, en cierta forma, incluso, parece darle una importancia que resultaría inaceptable. Lo único positivo que ve Canetti en todo esto, y lo cito de nuevo, es que:

“Sentir permanentemente la muerte, sin compartir ninguna de las religiones que consuelan. ¡Qué osadía, qué terrible osadía!” (Canetti, 2017, p. 37). Tranquilizan, pero no hacen nada.

En definitiva, y para cerrar este apartado, la noción de remordimiento gonzalina como lucha contra la muerte entendida desde los aforismos de Elias Canetti en *El libro contra la muerte* no es posible, ni por la dimensión mística de unión con el Uno, ni por la carga religiosa que lleva a cierto relajamiento y secreta complacencia a la muerte, ni por el presentimiento de un Dios, y mucho menos el deseo de él, artífice de este mal de males, desde la perspectiva canettiana. Por ende, habría que repensar la forma en que González piensa en algunas de sus obras la victoria sobre la muerte y cómo se podría entender esa lucha. Es posible que la respuesta siga la figura de Jesucristo, y el camino se adentre en el último tramo de su obra.

4 Conclusiones

La búsqueda, y si se le permite denominar de esta manera, viaje emprendido a lo largo del presente trabajo, en este intento por entender la muerte, calmar un poco el estremecimiento y curiosidad que causa su impenetrable bruma, y hallar una forma de no caer en ese abismo negro e inverosímil, ha encontrado en Fernando González y el remordimiento un camino posible, pero siempre, como toda noción sobre la muerte, provisional. Tal y como se pudo concluir en el pasaje anterior, es claro que no podría ser González desde su herramienta central de teología moral un luchador contra la muerte, si se considera desde lo que Canetti en su proyecto fallido y fragmentario pudo concebir. Algunos podrían pensar al Brujo de Otraparte como un soñador o un cuasicura rebelde que viene a narrar y exponer sus deseos de trascendencia y unión divina, alejado totalmente de un análisis sensato, aterrizado y racional sobre la muerte, para sobrellevar el terror que le produce, tal como lo expone en su primera obra: “¡Oh anhelo mío! El límite me entristece... Tengo un gran deseo de ir a unirme a ti, allá, en la muerte, en la infinita ensoñación” (González, 2017b, p. 58). Dios es la tabla de salvación para González, amén de su constante sentimiento de no pertenencia a esta tierra y de aquella resistencia íntima a desaparecer completamente, es la idea que tranquiliza a este pensador, mas nunca le alejará de la constancia de estarla pensando y repensando. De nuevo, hay que recordar su sentencia: “El análisis nos liberta” (González, 2017a, p. 57).

Lo cierto en todo esto es que, racional o irracional, cristiano, apóstata o simplemente místico, Fernando González es fiel a su método de vida y pensamiento, a ese “padezco, pero medito” (2017a, p. 64), en la observancia fija de todos los fenómenos, tanto externos como internos, y sin dejar escapar, en este sentido, esa dimensión emocional que, como se ve en cada una de sus obras, modifica la percepción y la reflexión. Es así como la muerte le persigue por su formación y contexto católico, por sus múltiples lecturas, por aquellas que puede presenciar desde una iglesia, un cementerio o un lecho de muerte, y, como no, por la natural aprehensión y misterio que encarna. No obstante, y estando plagada su obra de fallecimientos y pensamientos lúgubres, Fernando González es un hombre de la vitalidad, de la belleza, de la grandeza y, debido a esto, un enamorado de un Dios que busca sin descanso, siendo representación de todo esto en grado sumo. Aunque la muerte le lleve a ese Ser en el abandono del existir, la invitación es siempre una exaltación a la fortuna de, entre tantos sucesos que pudieron ocurrir, haber nacido y vivir: “Muertos estaremos

mucho tiempo. Y entonces ¿por qué no gozar intensamente la vida y dejar a un lado esas filosofías estoicas?” (González, 2017b, p. 92).

La visión canettiana sobre el odio y la consecuente lucha contra la muerte puede no encajar en el proyecto de ascensión en conciencia a través del remordimiento de González, perfectamente materializado en la figura de Jesucristo, lo que no quiere decir que se deba desechar una postura o la otra. El reto yace en ser consecuentes con inclusive cada molécula que se revuelca en el futuro cadáver de cada uno, y no permitir el avance de un absurdo sobre el cual yacen todos los males que puedan azotar a la humanidad, y partir de la certeza que tenía Canetti (2017), y que expresa en torno a la muerte de Pavese: “Su muerte preparada: pero sin abusar de nada, sin desertar ningún sentimiento por él. Sobreviene como si fuera natural. Pero ninguna muerte es natural” (p. 67). Pensar el morir como un destino lógico es rendirse ante el asesinato que supone siempre y en cada caso, aparte de la derrota absoluta de la lógica de la vida, siempre perseverante, así haya que retoñar entre las grietas del pavimento.

Habrà, entonces, que estructurar un proyecto al que Canetti no logró dar forma definida, y que la filosofía, de una u otra manera a lo largo de los siglos, ha intentado moldear para abarcar la bruma asfixiante a la que todos sucumben tarde que temprano y siempre sin retorno alguno. Sean posturas de corte místico-trascendental como la de Fernando González, sean aquellas cruentamente realistas como la de Elias Canetti, o las que toman una posición un poco más escéptica y práctica como la de Montaigne, todas aportan al proyecto. Lo importante a esta altura es reflexionar en torno a ella lo poco o mucho que se pueda decir, pues, como dice el profesor Carlos Mario Gonzáles (2003):

[...] lo que sí se puede aseverar es que una sociedad que no piensa la muerte se hace más propensa a actuarla o, dicho a la inversa, cuando una sociedad le da cabida en su discurso y en su reflexión a la gravedad de la muerte y de lo que ella representa de definitivo, seguramente se inclinará menos a actuarla. (p. 6)

Quedan, para finalizar, algunos caminos abiertos, algunas preguntas para seguir pensando a Fernando González y las múltiples facetas que su obra ofrece para la reflexión de sus lectores, en este caso viendo al vitalista en permanente contacto con la muerte. Y queda la curiosidad y proyecto de explorar sobre las posibilidades que pueden tener esta serie de reflexiones de González aquí

expuestas para la elaboración de una ética que, desde el pensamiento constante de la muerte y el reto de ascender en conciencia, permita al sujeto no sólo vivir con intensidad y meditación, sino que le configure igualmente unas formas de relacionamiento con el otro en pro de una convivencia pacífica por la comprensión de la fragilidad inherente a cada hombre y su diversidad en cuanto a climas espirituales, métodos, embolias psíquicas y personalidades. Otra puerta queda abierta y habrá que avanzar.

5 Referencias bibliográficas

- Acosta, A. E. (2017, abril). Ciento un años pensando como un viejo. *Periódico De la Urbe*, 9.
- Acosta, A. E. (2021, diciembre 13). Un librito triste, cruel e íntimo. *UdeA Noticias, sección «Opinión»*. <https://www.otraparte.org/corporacion/prensa/20211213-un-librito-triste-cruel-e-intimo/>
- Canetti, E. (2017). *El libro contra la muerte* (J. J. Del Solar & A. Kovacsics, Trads.). Galaxia Gutenberg.
- Centro Sefarad-Israel. (2021, 14 diciembre). Elias Canetti o la literatura como lucha contra la muerte [Vídeo]. YouTube. Recuperado 21 de julio de 2023, <https://www.youtube.com/watch?v=IhOz3uVEnoo>
- Dawkins, R. (1993). Los replicadores. En J. Robles Suárez (Trad.), *El gen egoísta*. Salvat Editores S.A.
- Gabilondo, Á. (2002). El cuidado de la muerte. *Azafea: Revista de filosofía*, 4, 163-181.
- González, C. M. (2003). Esta vida tan efímera, esa muerte tan eterna. *Cuadernos para la reflexión. Dann Regional S.A.*, 6. <https://es.scribd.com/document/403658561/Esta-vida-tan-efimera-esa-muerte-tan-eterna-Carlos-Mario-Gonzales-pdf>
- González, F. (2016a). *El payaso interior*. Fondo Editorial Universidad Eafit - Corporación Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1916-payaso.pdf>
- González, F. (2016b). *Viaje a pie*. Fondo Editorial Universidad Eafit - Corporación Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1929-vpie.pdf>
- González, F. (2017a). *El remordimiento*. Editorial EAFIT - Corporación Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1935-remordimiento.pdf>
- González, F. (2017b). *Pensamientos de un viejo*. Fondo Editorial Universidad Eafit - Corporación Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1916-pviejo.pdf>
- González, F. (2018). *El maestro de escuela*. Corporación Fernando González - Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1941-maestro.pdf>
- González, F. (2020). *Don Mirócleles*. Corporación Fernando González - Otrparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1932-mirocletes.pdf>

- González, F. (2021). *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*. Corporación Fernando González - Otraparte. <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/fg-1962-tragicomedia.pdf>
- Henoa Hidrón, J. (2019, marzo 31). Comprender a Fernando González. *Suplemento Generación de El Colombiano*, 12-13.
- Macías, L. F. (1996). *Diario de lectura II: Fernando González* (Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia). <https://www.otraparte.org/wp-content/uploads/macias-luis-3.pdf>
- Marín, P. A. (2011). Fernando González Ochoa: La búsqueda de la autoexpresión. *Revista de Humanidades*, 23, 135-159.
- Montaigne, M. de. (2007a). Juzgar la muerte ajena. En *Los ensayos* (J. Bayod Brau). Editorial Acantilado.
- Montaigne, M. de. (2007b). *Que filosofar es aprender a morir* (Bayod Brau, Ed.; pp. 106-124). Acantilado.
- Ochoa, E. (2005, diciembre 3). El payaso interior. *El Colombiano, Columna de opinión «Bajo las ceibas»*.
- Palacio, S. A. (2012). Remordimiento, pecado, culpa y conciencia en la autofiguración de Fernando González. *Revista Escritos*, 20(44), 155-171.
- Redondo, P. (2011). La noche eterna. La meditación de la muerte en Montaigne. *Duererías, Analecta Philosophiae, Revista de Filosofía*, 2.
- Zuleta, E. (2014). Comentarios a Viaje a pie de Fernando González. *Revista Aquelarre. Revista del Centro Cultural de la Universidad del Tolima*, 26, 221-222.